

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
- Tomo 11 -

Filipenses,
Colosenses y Tesalonicenses

PRESENTACIÓN

Nuestros conocimientos de la Iglesia primitiva en su confrontación con el paganismo, de las riquezas de Evangelio, de la Persona y la Obra de Jesucristo, y de la persona del propio Pablo habrían quedado lastimosamente menguados si no tuviéramos estas cartas. Aunque figuran entre las más breves de Pablo, no son por ello menos interesantes e importantes.

Las cuatro cartas de Pablo que se estudian en este tomo son todo lo diferentes que hacía suponer la relación tan diferente que tuvo Pablo con cada una de aquellas iglesias. La de Filipos fue la más entrañablemente vinculada con el Apóstol; la de Colosas era una que él no había fundado, ni ni siquiera visitado nunca, y en cuanto a la de Tesalónica, había estado allí un tiempo tan breve que, al tener que salir precipitadamente a causa de la Persecución de que era objeto, lo que más le preocupaba era si el Evangelio habría arraigado suficientemente en aquella ciudad, clave para ganar a todo un mundo para Cristo.

Filipenses -la epístola del gozo, y de las cosas excelentes- es una carta de agradecimiento por la ayuda recibida, de aliento frente a las adversidades, y de llamada a la unidad; carta que no olvidaremos nunca por el pasaje emblemático de la humillación y la exaltación de Jesucristo (2:5-11). < Para muchos de nosotros --especifica Pablo- *Filipenses* es la carta más preciosa de todas las que se conservan de Pablo.>

De *Colosenses* -«la gran carta» escrita a la iglesia de una ciudad sin importancia-, solo conociendo su trasfondo ideológico se puede comprender su grandeza. «Ninguna otra carta de Pablo presenta una enseñanza tan elevada de Jesucristo ni

insiste tanto en Su plenitud y suficiencia,» -dice Barclay. *Tesalonicenses* es clave para el estudio de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, y se debe a que Pablo tuviera que escribirles a los cristianos de Tesalónica para aclarar ciertos conceptos básicos acerca de la esperanza cristiana y las responsabilidades del cristiano en la vida diaria.

Siguiendo el ejemplo de la edición original nos proponemos añadir al comentario de todos los libros del Nuevo Testamento un tomo más, que será el índice general de las palabras originales, los nombres propios y los temas que se mencionan o desarrollan en los diversos volúmenes. Un adelanto de esa herramienta de estudio bíblico ha ido apareciendo en cada tomo, y ofrece en este posibilidades especiales. Así, por ejemplo, el de los atributos del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; las causas y remedios de la desunión; la esencia del Evangelio; la oración; el Bautismo; el gozo; la Iglesia -señales de la iglesia fiel, señales de la iglesia genuina, señales de la iglesia vital-; el secreto de la intercesión; las señales de la salvación; la solidaridad cristiana, y la vida cristiana, sus señales y sus marcas.

Como en otros tomos de este comentario aparecen aquí personajes interesantes y ejemplares del relato bíblico y de la Historia de la Iglesia, como los fieles camaradas que el Apóstol menciona al final de Colosenses -Tíquico, Aristarco, Marcos, Epafras, Lucas, Demas y Ninfas, y, desde luego, Epafrodito de Filipos- y figuras de la historia de la Iglesia que Barclay trae a colación oportunamente, como el obispo Policarpo de Esmirna, Ambrosio de Milán, Juan Knox de Escocia y muchos, muchos más. Y es que William Barclay aprovecha la ocasión para recordarnos -o hacer que nos vayan sonando- nombres y temas clave del pueblo de Dios de todos los tiempos.

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: «Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aun ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque

no tenemos la otra a la que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen *epístolas*. Son, en el sentido más corriente, *cartas*. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de *los papiros*. En el mundo antiguo, *el papiro* era el antepasado del papel en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos, contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.

< Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro;

y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Ágato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio» (G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la carta que le escribió a su padre 1800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un pronto ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; Efesios 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1 s; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.*

(ii) *La oración: en todas sus cartas Pablo pide la gracia de Dios para las personas a las que escribe: Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2.*

(iii) *La acción de gracias: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses 1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.*

(iv) *EL tema de la carta: de lo que trata cada una.*

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales: Romanos 16;*

1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4: 21 s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, - sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta os la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18; 2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su voluntad de ayudar.

LA CARTA
A LOS FILIPENSES

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS FILIPENSES

Podemos considerarnos afortunados por lo menos en un aspecto de nuestro estudio de *Filipenses*: no se nos presentan problemas críticos; porque no hay ningún estudioso notable del Nuevo Testamento que haya dudado nunca de que sea una carta genuina y auténtica del apóstol Pablo.

FILIPOS

Cuando Pablo escogía un lugar para predicar el Evangelio tenía siempre la cualidad de un gran estratega. Siempre escogía los que no solo eran importantes por sí mismos sino también como centro de comunicaciones de una zona. Hasta nuestros días muchos de los lugares en los que predicó Pablo siguen siendo enlaces de grandes carreteras y líneas de ferrocarril. Ese es el caso de Filipos, que tenía por lo menos tres cualidades para ser importante.

(i) Había en sus alrededores minas de oro y de plata que se llevaban explotando desde tiempos de los fenicios. Es verdad que ya estaban agotadas cuando empezó la historia de la Iglesia; pero habían convertido Filipos en un gran centro comercial del mundo antiguo.

(ii) La ciudad había sido fundada por Filipo de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, de quien había tomado su nombre. Se había construido en el emplazamiento de una ciudad antigua llamada *Krénidés*, nombre que quería decir Los Pozos o Las Fuentes. Filipo había fundado Filipos en 368 a.C.

porque no había un lugar más estratégico en toda Europa. Hay una cadena de montañas que divide Europa de Asia, el Oriente del Occidente, y hay cerca de Filipos un puerto en esa cordillera que era el paso obligado de una carretera importantísima, lo que hacía que esta ciudad controlara en tráfico entre Europa y Asia. Esa fue la razón para que se librara en Filipos una de las grandes batallas de la Historia, en la que Antonio derrotó a Bruto y Casio, decisiva para el futuro del Imperio Romano.

(iii) No mucho después, Filipos recibió la distinción de ser una colonia romana. Eran las tales unas instituciones alucinantes. No eran colonia en el sentido de ser avanzadillas de la civilización en partes inexploradas del mundo. Habían empezado teniendo una importancia militar. Roma tenía la costumbre de enviar grupos de soldados veteranos, a los que se concedía la ciudadanía romana cuando se licenciaban, para que se instalaran en centros estratégicos de las carreteras. Lo corriente era que estos grupos consistieran en trescientos veteranos, con sus mujeres e hijos. Estas colonias eran focos del gran sistema romano de carreteras que permitía que pudieran llegar refuerzos rápidamente de una colonia a otra. Estaban establecidas para mantener la paz y controlar los puntos estratégicos del vasto Imperio Romano. En un principio se habían fundado en Italia; pero pronto se fueron extendiendo por todo el Imperio. Posteriormente se le concedía el título de colonia a cualquier ciudad que se quisiera honrar por algún servicio fiel.

Dondequiera que estuvieran, estas colonias eran reflejos de Roma, y el poseer la ciudadanía romana era su característica dominante. Se hablaba la lengua de Roma; se vestía como en Roma; se observaban las costumbres de Roma; sus magistrados tenían títulos romanos, y se llevaban a cabo las mismas ceremonias que en la misma Roma. Eran fanática e inalterablemente romanos, y no habrían aceptado el que se los asimilara con los pueblos circundantes. Podemos percibir el orgullo romano en la acusación que hicieron a Pablo y Silas en *Hechos 16:20*: «Estos tipos son judíos, y están tratando de enseñar e

introducir leyes y costumbres que no nos es lícito observar -¡porque somos romanos!»

«Vosotros sois una colonia del Cielo,» les escribió Pablo a los creyentes filipenses (*Filipenses 3:20*). Lo mismo que un ciudadano de una colonia romana no olvidaba nunca en ningunas circunstancias que era romano, así debían ellos recordar siempre que eran cristianos, estuvieran donde estuvieran. No había personas que estuvieran más orgullosas de ser romanas que las de esas colonias; y así eran los filipenses.

PABLO Y FILIPOS

Fue en su segundo viaje misionero, hacia el año 52 d.C., cuando llegó Pablo a Filipos por primera vez. Motivado por la visión del varón macedonio con su petición de que pasara a Macedonia a ayudarlos, Pablo había navegado desde la Tróade Alejandrina de Asia Menor, había desembarcado en Europa en Neápolis, y pasado de allí a Filipos.

La historia de la estada de Pablo en Filipos se nos cuenta en *Hechos 16*; y es una historia bien interesante. Se centra en torno a tres personas: Lidia, la vendedora de púrpura; la muchacha esclava demente que usaban sus amos como adivina, para sacar dinero, y el carcelero romano. Es un corte transversal alucinante de la sociedad antigua. Estas tres personas tenían distintas nacionalidades. Lidia era *asiática*, y *puede* que su nombre no fuera tanto el suyo propio como el de su procedencia, «la señora de Lidia.» La muchacha esclava era *griega* de nacimiento. Y el carcelero era ciudadano *romano*. La totalidad del Imperio estaba representada en la iglesia cristiana. Pero no eran distintas estas tres personas solamente por su nacionalidad; también procedían de diferentes estratos sociales. Lidia era vendedora de púrpura, una de las sustancias más caras del mundo antiguo, y representaba *la gran industria*. La muchacha poseída era *una esclava*, y *por tanto*, para la ley,

no era una persona, sino simplemente una herramienta viva. El carcelero era un ciudadano romano, perteneciente a la sólida *clase media* de la que procedían los funcionarios. En estos tres estaban representadas la clase más alta, la más baja y la media. No hay ningún otro capítulo de la Biblia que nos presente tan claramente como este el carácter comprensivo de la fe que Jesucristo trajo al mundo.

PERSECUCIÓN

Pablo tuvo que marcharse de Filipos tras una tormenta de persecución y un encarcelamiento ilegal. La persecución la heredó después la iglesia filipense. Pablo les dice que han compartido sus cadenas y su defensa del Evangelio (1:7). Los exhorta a que no se dejen atemorizar por los adversarios, porque ellos están pasando lo que él mismo pasó y sigue pasando (1:28-30).

VERDADERA AMISTAD

Se había desarrollado entre Pablo y la iglesia filipense un nexo de amistad como no lo tenía con ninguna otra iglesia. Se enorgullecía de no haber aceptado nunca ayuda de ninguna otra persona o iglesia, y que subvenía a sus necesidades con el trabajo de sus propias manos. Sólo accedió a aceptar ayuda de los filipenses. Después de salir de Filipos pasó a Tesalónica, adonde le mandaron un regalo (4:16). Cuando siguió adelante y llegó a Corinto pasando por Atenas, ellos fueron los únicos que se acordaron de él con sus dones (2 Corintios 11:9). «Hermanos míos, queridos y anhelados -los llama-, mi gozo y mi corona en el Señor» (4:1).

I, A OCASIÓN DE ESTA CARTA

Cuando Pablo escribió esta carta estaba preso en Roma, y la escribió con ciertos propósitos definidos.

(i) Es una carta de gracias. Habían pasado los años; era entonces el año 63 ó 64 d.C., y los filipenses le han vuelto a mandar un regalo (4:10s).

(ii) Tiene que ver con Epafrodito. Parece que los filipenses le habían enviado no solo como portador del regalo, sino para que se quedara con Pablo y le fuera de ayuda. Pero Epafrodito cayó enfermo. Echaba de menos su casa, y estaba preocupado porque sabía que los suyos estaban preocupados por él. Pablo le envía de vuelta, pero tenía la preocupación de que los amigos filipenses pudieran tener la impresión de que Epafrodito les había fallado; así es que les sale al encuentro con su testimonio: «Recíbidle con mucha alegría, y honrad a los que son como él, porque estuvo a punto de dar la vida en la causa de Cristo» (2:29s). Hay algo muy conmovedor en esta actitud de Pablo, preso y esperando la muerte, esforzándose por hacerle las cosas más fáciles a Epafrodito, que se había visto obligado a volver a casa inesperada e involuntariamente. Aquí tenemos el Everest de la cortesía cristiana.

(iii) Es una carta de aliento para los filipenses que están pasando pruebas (1:28-30).

(iv) Es una llamada a la unidad. De esa situación surge el gran pasaje que nos habla de la humildad generosa de Jesucristo (2:1-11). Había en la iglesia de Filipos dos mujeres que se habían peleado y estaban poniendo en peligro la paz (4:2); y había falsos maestros que estaban tratando de seducir a los creyentes filipenses para apartarlos del camino recto (3:2). Esta carta es una llamada a mantener la unidad de la Iglesia.

EL PROBLEMA

Es precisamente aquí donde surge el problema de *Filipenses*. En 3:2 hay un cambio brusco en la carta. Hasta el 3:1 todo es serenidad, y la carta parece ir fluyendo tranquilamente hacia su final; y entonces, sin previo aviso, retumba el trueno: < ¡Cuidado con los perros! ¡Cuidado con los obreros malvados! ¡Cuidado con la mutilación! » Esto no tiene ninguna relación con lo precedente. Además, 3:1 parece el final: < Para terminar, hermanos -escribe Pablo-, regocijaos en el Señor. » Y habiendo dicho < para terminar, » ¡empieza otra vez de nuevo! (Cosa que no es ni mucho menos una práctica desconocida entre predicadores).

En vista de este cambio brusco muchos estudiosos creen que *Filipenses*, tal como la tenemos, no es una carta sino dos que se han unido. Sugieren que 3:2 - 4:3 es una carta de gracias y de advertencia enviada poco después de la llegada de Epafrodito a Roma; y que 1:1 - 3:1 y 4:4-23 es otra carta que fue escrita considerablemente después y enviada con Epafrodito cuando volvió a Filipos. Eso es perfectamente posible. Sabemos que Pablo probablemente escribió más de una carta a Filipos, porque Policarpo, en su carta a la iglesia filipense, dice que Pablo, < cuando estaba ausente, os escribió *cartas*. »

LA EXPLICACIÓN

Y sin embargo nos parece que no hay razones de peso para dividir esta carta en dos. El cambio brusco entre 3:1 y 3:2 se puede explicar de dos maneras.

(i) Cuando Pablo estaba dictando la carta llegaron noticias recientes de problemas en Filipos; e ipso facto interrumpió su línea de pensamiento para salirle al paso a la nueva situación.

(ii) La explicación más sencilla es la siguiente. *Filipenses* es una carta personal que, como tal, no sigue el orden lógico

de un tratado. En estos casos escribimos las cosas conforme se nos ocurren; es como si estuviéramos charlando con amigos; y una asociación de ideas que puede resultarnos suficientemente clara al autor y a los destinatarios de la carta puede que no se lo resulte a otros que lo lean en otro lugar y momento. El cambio de tono y de tema aquí es la clase de cosa que puede ocurrir en cualquier carta personal.

UNA CARTA PRECIOSA

Para muchos de nosotros *Filipenses* es la carta más preciosa de todas las que se conservan de Pablo. Se le han dado dos títulos: *La carta de las cosas excelentes* -cosa que es sin duda-, basándose especialmente en 4:8s; y *La epístola del gozo*, porque en ella aparecen una y otra vez las palabras gozo y gozaos y regocijaos y otra vez os digo que os gocéis. Aun estando en la cárcel y en una situación angustiosa, Pablo quería dirigir los corazones de sus amigos filipenses -y los nuestros- al gozo que nadie ni nada puede arrebatar.

FILIPENSES

DE UN AMIGO A SUS AMIGOS

Filipenses 1:1s

Pablo y Timoteo, esclavos de Jesucristo, escriben esta carta a todos los que están en Filipos que están consagrados a Dios por medio de su relación con Jesucristo, juntamente con los supervisores y los diáconos:

¡Que la gracia y la paz que proceden de nuestro Padre Dios y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros!

Las palabras introductorias definen el tono de toda la carta. Se trata de la carta de un amigo a sus amigos. Con la excepción de las cartas a los tesalonicenses y la nota personal a Filemón, Pablo empieza todas sus cartas presentándose como apóstol; por ejemplo, empieza su carta a los romanos diciendo: «Os manda esta carta Pablo, esclavo de Jesucristo, *llamado para ser apóstol*» (cp. el primer versículo de 1 *Corintios*, 2 *Corintios*, *Gálatas*, *Efesios* y *Colosenses*). Empieza las otras cartas presentando las credenciales oficiales que le confieren el derecho a escribir, y a los destinatarios el deber de prestar atención; pero no lo hace cuando escribe a los filipenses. No hacía falta. Sabía que le atenderían, y con mucho cariño. De todas sus iglesias, la de Filipos era la que estaba más en su corazón; y escribe, no como un apóstol a los miembros de su iglesia, sino como un amigo a sus amigos.

Pero hay un título del que no prescinde. Se presenta como siervo (*dulos*) de Jesucristo, como lo pone la Reina-Valera; pero *dulos* es más que servidor: es *esclavo*. Un servidor es libre

para ir y venir; pero un esclavo es posesión exclusiva de su amo para siempre. Cuando Pablo se llama esclavo de Jesucristo hace tres cosas. (i) Asegura que es posesión exclusiva de Cristo, Que le amó y compró por un precio (1 Corintios 6:20), y ya no puede pertenecer nunca a otro amo. (ii) Establece que debe absoluta obediencia a Cristo. El esclavo no tiene voluntad propia; la voluntad de su amo es la suya. Así también Pablo no tiene más voluntad que la de Cristo, y no obedece sino a su Salvador y Señor. (iii) En el Antiguo Testamento el título regular de los profetas es el de *siervos de Dios* (Amós 3:7; Jeremías 7:25). Ese fue el título que se dio a Moisés, a Josué y a David (Josué 1:2; Jueces 2:8; Salmo 78:70; 89:3,20). De hecho el máximo título de honor es *siervo de Dios*; y cuando Pablo se aplica ese título se coloca humildemente en la línea de sucesión de los profetas y de los hombres de Dios. La esclavitud del cristiano a Jesucristo no es una sumisión humillante. Como expresaba el dicho latino: *Illi servire regnare est*, ser Su esclavo es ser un rey.

LA DISTINCIÓN CRISTIANA

Filipenses 1:1s (continuación)

La carta va dirigida, como lo pone la Reina-Valera, *a todos los santos en Cristo Jesús*. La palabra que se traduce por *santos* es *háguios*; y *santos* es una traducción que confunde. A oídos modernos presenta una imagen o un cromó de una piedad otromundista. Nos habla más de las vidrieras de colores que de la plaza del mercado. Aunque es fácil comprender el sentido de *háguios* es difícil traducirlo.

Háguios, como su equivalente hebreo *qadósh*, se suelen traducir por *santo*. En el pensamiento hebreo, si algo se define como *santo*, la idea básica que sugiere es que es *diferente* de todo lo demás, que es algo *aparte*. Para entenderlo mejor, veamos cómo se usa en el Antiguo Testamento. Cuando se

establecieron las reglas referentes al sacerdocio se escribió: < *Santos* serán para su Dios > (Levítico 21:6). Los sacerdotes habían de ser *diferentes* de los demás hombres, porque habían sido *apartados* para una función especial. El diezmo era la décima parte de todos los productos, que se *apartaba* para Dios, y se establece: «El diezmo será *santo* para el Señor, porque pertenece al Señor > (Levítico 27:30,32). El diezmo era *diferente* de todo lo demás que se podía usar para unos ordinarios. La parte central del Templo era *el lugar santo* (Éxodo 26:33); era *distinto* de los otros lugares. La palabra se usaba especialmente en relación con la nación de Israel. Los judíos eran *una nación santa* (Éxodo 19:6). Eran *santos* porque pertenecían a Dios de una manera especial; Dios los había *apartado* de las demás naciones para que fueran Suyos (Levítico 20:26); Dios los había conocido -es decir, había tenido una relación personal con ellos- entre todas las naciones del mundo (Amós 3:2). Los judíos eran *diferentes* de todas las demás naciones porque ocupaban un lugar especial en el propósito de Dios.

Pero Israel se negó a hacer el papel que Dios le había asignado. Cuando vino Su Hijo al mundo, no Le reconocieron, Le rechazaron y Le crucificaron. Los privilegios y las responsabilidades que deberían haber tenido se les quitaron y se le dieron a la Iglesia, que llegó a ser el nuevo Israel, el verdadero Pueblo de Dios del Nuevo Testamento. Por tanto, de la misma manera que los judíos habían sido *háguioi*, *santos*, *diferentes*, ahora deben serlo los cristianos. Así es que Saulo, antes de llegar a ser Pablo, era un perseguidor declarado de los *santos*, *los haguíoí* (Hechos 9:13); Pedro fue a visitar a los *santos*, *los haguíoí*, de Lida (Hechos 9:32).

El decir que los cristianos son *santos* quiere decir por tanto que son *diferentes* de las demás personas. ¿En qué consiste la diferencia?

Pablo se dirige a sus amigos como *santos en Cristo Jesús*. No se pueden leer sus cartas sin notar lo frecuentemente que usa las frases *en Cristo*, *en Jesucristo*, *en el Señor*. *En Cristo*

Jesús se encuentra 48 veces, en Cristo 34, y en el Señor 50. Está claro que para Pablo ahí estaba la esencia del Cristianismo. ¿Qué quería decir? Marvin R. Vincent dice que cuando Pablo decía que el cristiano está en Cristo quería decir que el cristiano vive en Cristo como el ave vive en el aire, el pez en el agua y las raíces del árbol están en la tierra. Lo que hace al cristiano diferente es que siempre y en todas partes es consciente de estar rodeado de la presencia de Jesucristo.

Cuando Pablo habla de *los santos en Cristo Jesús* quiere decir los que son diferentes de las otras personas y están consagrados a Dios mediante una relación especial con Jesucristo -y eso es lo que debe ser un cristiano.

EL SALUDO QUE LO INCLUYE TODO

Filipenses 1:1s (conclusión)

El saludo de Pablo a sus amigos es: Que la gracia y la paz que proceden de nuestro Padre Dios y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros (cp. *Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:2; Filemón 3*).

Cuando Pablo pone juntas estas dos grandes palabras, *gracia y paz (járis y eiréné)*, está haciendo algo maravilloso. Estaba tomando los saludos normales de dos culturas y uniéndolos. *Járis* era la palabra con que empezaban las cartas griegas, y *eiréné* el saludo que usaban los judíos. Cada una de estas palabras tiene su propio sabor, y ambas fueron transformadas por el nuevo sentido que les infundió el Cristianismo.

Járis es una palabra preciosa; las ideas básicas que incluye son las de gozo y placer, luminosidad y belleza; los hispanohablantes tenemos la gran suerte de que nuestra palabra *gracia* contiene las mismas ideas, y es por tanto la traducción casi perfecta de *járis*. Pero con Jesucristo llega una nueva belleza que se añade a la anterior; y esa belleza nace de una

nueva relación con Dios. Con Cristo la vida se vuelve preciosa porque el ser humano deja de ser la víctima de la Ley de Dios y pasa a ser la criatura de Su amor.

Eiréné es una palabra inclusiva. La traducimos por *paz*; pero no quiere decir paz en sentido negativo como sencillamente la ausencia de guerra o de problemas. Quiere decir el bienestar total, todo lo que contribuye a la felicidad suprema de una persona.

Puede que esté relacionada con el verbo griego *eirein*, que quiere decir *unir, entretener*. Y esta paz tiene siempre que ver con las relaciones personales, la relación de una persona consigo misma, con sus semejantes y con Dios. Es siempre la paz que nace de la reconciliación.

Así es que cuando Pablo pide a Dios gracia y paz para sus amigos está pidiendo realmente que tengan el gozo de conocer a Dios como Padre y la paz de estar relacionados con Él, con los hombres y consigo mismos -y esas gracia y paz no se pueden recibir sino mediante Jesucristo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(i) EL GOZO CRISTIANO

Filipenses 1:3-11

Siempre que me pongo a orar por vosotros Le doy gracias a mi Dios por vosotros; y siempre y en cada una de mis oraciones pido por vosotros con gozo, porque os habéis solidarizado conmigo en la extensión del Evangelio desde el primer día hasta ahora. Y en esto tengo confianza: que el Que comenzó en vosotros una buena obra la llevará a feliz término para que estéis listos para el Día de Jesucristo. Es justo que tenga este sentir acerca de vosotros, porque os llevo en el corazón; porque todos participáis conmigo de la gracia, tanto en.

mis prisiones como en la defensa y confirmación del Evangelio. Dios me es testigo de cuánto os anhele a todos vosotros con la misma compasión de Jesucristo. Y esto es lo que pido: que vuestro amor mutuo siga aumentando cada vez más en toda plenitud de conocimiento y en toda sensibilidad de percepción, para que pongáis a prueba las diferentes alternativas, para que seáis puros y no hagáis que nadie tropiece en cuanto a la preparación para el Día de Cristo; porque vosotros tenéis henchida vuestra vida del finto que produce la integridad que procede de Jesucristo y que conduce a la gloria y la alabanza de Dios.

Es encantador cuando, como dice Ellicott, se combinan el recuerdo y la gratitud. En nuestras relaciones personales es una gran cosa no tener nada más que recuerdos felices; y ese era el sentir de Pablo con los cristianos de Filipos. Los recuerdos no conllevaban pesares, sino solo felicidad.

En este pasaje se presentan las marcas de la vida cristiana.

Está el gozo cristiano. Es con gozo como Pablo ora por sus amigos. La Carta a los Filipenses se ha llamado La *Epístola del Gozo*. Bengel comentaba en su terso latín: «*Summa epistolae gaudeo-gaudete.*» «Todo el tema de la epístola es Yo me gozo-gozaos vosotros también.» Veamos la descripción del gozo cristiano que nos presenta esta carta.

(i) En 1:4 encontramos el gozo de *la oración cristiana*, el gozo de presentar a los que amamos ante el trono de la misericordia de Dios.

George Reindrop, en su libro *No Common Task -Una tarea nada corriente-*, nos cuenta que una enfermera le enseñó una vez a orar a un hombre, cambiando así toda su vida de tal forma que el que había sido antes un tipo quejica y desanimado llegó a ser un hombre lleno de gozo. Casi todo el trabajo de la enfermera lo hacía con las manos, y las usaba como un esquema de oración. Cada dedo representaba a alguien; el gordo era el que tenía más cerca, y le recordaba que

orara por sus más próximos. El segundo dedo es el que se usa para señalar, y representaba a todos sus profesores en la escuela y en el hospital. El tercer dedo es el más < alto», y representaba a la gente importante, los dirigentes en todas las esferas de la vida. El cuarto dedo es el más flojo, como saben muy bien los pianistas, y representaba a todos los que están en problemas y pruebas. El meñique es el más pequeño y el menos importante, y para la enfermera la representaba a ella.

Siempre debe haber gozo y paz profundos en presentarle a Dios en oración a nuestros seres queridos y a otros.

(ii) Está el gozo de que *se predica a Jesucristo (1:18)*. Cuando uno experimenta una gran bendición, su primer instinto es compartirla; y hay gozo en pensar que se predica el Evangelio en todo el mundo para que otro y otro y otro se incorporen al amor de Cristo.

(iii) Existe el gozo de *la fe (1:25)*. Si el Evangelio no nos hace felices, nada nos hará felices. Hay un tipo de supuesto cristianismo que es una verdadera tortura. El salmista decía: «Los que fijaron la mirada en Él se pusieron radiantes» (*Salmo 34:5*). Cuando bajó Moisés de la cumbre de la montaña le relucía el rostro. El Cristianismo es la fe del corazón feliz y el rostro radiante.

(iv) Existe el gozo de ver que *los cristianos están en íntima comunión (2:2)*. Eso era lo que le hacía prorrumpir en alabanzas al salmista (*Salmo 133:1*):

¡Fijaos qué cosa tan preciosa es, y cuán maravillosa, el contemplar cómo conviven los hermanos en perfecta armonía!

No existe la paz para nadie donde y cuando se han roto las relaciones humanas y hay peleas entre las personas; y no hay panorama más maravilloso que el de una familia en la que todos están vinculados en amor mutuo, o el de una iglesia cuyos miembros están unidos entre sí porque están unidos a Jesucristo su Señor.

(v) Existe el gozo de *sufrir por Cristo* (2:17). En la hora de su martirio en la hoguera, Policarpo oraba: < Te doy gracias, Padre, porque me has considerado digno de esta hora.> El sufrir por Cristo es un privilegio, porque nos ofrece la oportunidad de demostrar sin lugar a duda nuestra lealtad, y colaborar en la edificación del Reino de Dios.

(vi) Existe el gozo de *recibir noticias de nuestros seres queridos* (2:28). La vida está llena de separaciones y de ausencias, y siempre produce gozo el tener noticias de nuestros amados de los que estamos separados temporalmente. Un gran predicador escocés habló una vez del gozo que se puede producir por el precio de un sello de correos. Vale la pena recordar lo fácil que es dar gozo a los que nos aman, y también lo fácil que es tenerlos en ansiedad, manteniéndonos en contacto con ellos o no.

(vij) Existe el gozo de *la hospitalidad cristiana* (2:29). Hay hogares de puerta cerrada, y hogares de puerta abierta. La puerta cerrada es la del egoísmo; la abierta, la de la bienvenida y el amor cristiano. Es una gran cosa tener una puerta a la que puede llamar el forastero o el que tiene problemas, seguro de que no la encontrará cerrada.

(viii) Existe el gozo de *estar en Cristo* (3:1; 4:1). Ya hemos visto que estar en Cristo es vivir en Su presencia como el pájaro vive en el aire, el pez en el agua y las raíces de la planta en la tierra. Nos es natural estar contentos cuando estamos con la persona amada; y Cristo es el Amador de Quien nada nos podrá separar nunca ni en el tiempo ni en la eternidad.

(ix) Existe el gozo de *la persona que ha ganado a otra para Cristo* (4:1). Los filipenses eran el gozo y la corona de Pablo porque había sido él el instrumento para traerlos a Jesucristo. Es el gozo de los padres, los maestros y los predicadores el de traer a otros, especialmente a los niños, al amor de Jesucristo. Sin duda el que disfruta de un gran privilegio no puede estar contento hasta que lo comparte con su familia y amigos. Y es que el evangelismo cristiano no es una obligación sino un gozo.

(x) Hay gozo en *un regalo* (4:10). Este gozo no consiste tanto en el regalo mismo, como en el hecho. de que se acuerden de uno y se preocupen por uno. Este es un gozo que podríamos producirles a otros mucho más a menudo de lo que lo hacemos.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(ii) EL SACRIFICIO CRISTIANO

Filipenses 1:3-11 (continuación)

En el versículo 6 Pablo dice que tiene confianza en que Dios, que ha empezado una buena obra en los filipenses, la llevará a feliz término para que estén preparados para el día de Jesucristo. Hay aquí todo un cuadro en griego que no es posible reproducir en una traducción. El detalle está en que las palabras que usa Pablo para *empezar* (*enárjesthai*) y *para completar* (*epitélein*) son términos técnicos que se usaban para el comienzo y el final de un sacrificio. Había un ritual de iniciación en relación con un sacrificio griego. Se encendía una tea en el fuego del altar, y se metía en un cubo de agua para limpiarlo con la llama sagrada; con el agua bendita se rociaban la víctima y las personas que la ofrecían para dejarlos purificados y santificados. A continuación seguía lo que se llamaba la *eufémia*, el silencio sagrado, en el que se suponía que el adorador ofrecía sus oraciones al dios. Por último se traía un cubo de cebada, algunos de cuyos granos se echaban sobre la víctima y por el suelo alrededor. Estas acciones eran *el principio* del sacrificio, y el término técnico para realizarlo era el verbo *enárjesthai* que usa Pablo aquí. El verbo que significaba completar todo el ritual del sacrificio era *epitélein*, que es el que usa Pablo para *completar*. Toda la frase de Pablo se mueve en la atmósfera del sacrificio.

Pablo contempla la vida del cristiano como un sacrificio dispuesto para ser ofrecido a Jesucristo. Traza la misma figura

cuando exhorta a los romanos a que presenten sus cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios (*Romanos 12:1*).

Cuando Cristo vuelva, será como la llegada de un Rey. En tales ocasiones los súbditos estaban obligados a presentarse con dones para mostrarle su lealtad y su amor. El único don que Jesucristo desea que Le presentemos es el de nosotros mismos; así que, la suprema tarea de una persona es hacer que su vida sea idónea para ofrecérsela. Solo la gracia de Dios nos puede capacitar para lograrlo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(iii) LA SOLIDARIDAD CRISTIANA

Filipenses 1:3-11 (continuación)

En este pasaje se hace hincapié en la idea de *la solidaridad cristiana*. Hay varias cosas que los cristianos comparten.

(i) Los cristianos son *solidarios en la gracia*. Son personas que comparten una deuda común con la gracia de Dios.

(ii) Los cristianos son *solidarios en la obra del Evangelio*. No solo comparten un don, sino también una tarea: la extensión del Evangelio. Pablo usa dos palabras para expresar la obra de los cristianos por el Evangelio: habla de *la defensa* y de la *confirmación* del Evangelio. La defensa (*apologuía*) del Evangelio quiere decir su defensa frente a los ataques que se le hacen desde fuera. El cristiano tiene que estar dispuesto para ser un defensor de la fe, y dar razón de la esperanza que tiene. La confirmación (*bebaiósis*) del Evangelio es la edificación de su fuerza desde dentro, la edificación de los cristianos. El cristiano debe extender el Evangelio defendiéndolo contra los ataques de sus enemigos y edificando la fe de sus amigos.

(iii) Los cristianos son *solidarios en el sufrimiento por el Evangelio*. Siempre que a un cristiano le toca sufrir por causa del Evangelio debe hallar fuerza y consuelo en el pensamiento

de que es uno de una gran compañía a través de todas las edades y en todas las tierras que han sufrido por Cristo antes que negar su fe.

(iv) Los cristianos son *solidarios con Cristo*. En el versículo 8 Pablo tiene un dicho sumamente gráfico. La traducción literal sería: < Os anhelo a todos con *las entrañas* de Jesucristo.> La palabra griega es *splanjna*, que designaba, lo mismo que la palabra hebrea correspondiente, *rajamim*, las entrañas maternas que se suponía que eran la sede de la ternura y de la compasión. Así es que Pablo está diciendo: < Os anhelo con la misma ternura de Jesucristo mismo.> El amor que Pablo sentía para con sus amigos cristianos no era otra cosa que el amor de Cristo mismo. J. B. Lightfoot dice escribiendo sobre este pasaje: < El cristiano no tiene anhelos aparte de los de su Señor; su pulso late con el pulso de Cristo; su corazón palpita con el corazón de Cristo.> Cuando somos realmente uno con Jesús, su amor fluye de nosotros hacia nuestros semejantes a los que Él ama y por los que murió. El cristiano es solidario con el amor de Cristo.

LAS SEÑALES DE LA VIDA CRISTIANA

(iv) LA CARRERA Y LA META DEL CRISTIANO

Filipenses 1:3-11 (conclusión)

Lo que Pablo pedía en oración para los suyos era que su amor creciera de día en día (versículos 9 y 10). Ese amor, que no era una cosa meramente sensiblera, había de crecer en conocimiento y en percepción espiritual para que llegaran a ser cada vez más capaces de distinguir entre la verdad y el error. El amor es siempre el camino al conocimiento. Si amamos algo, queremos aprender más acerca de ello; si amamos a una persona, queremos conocerla cada vez más; si amamos a Jesús, queremos aprender más acerca de Él y de Su verdad.

El amor es sensible a la mente y al corazón del ser amado. Si hiere ciega o insensiblemente los sentimientos de la persona que pretende amar, no es verdadero amor. Si amamos a Jesús de veras seremos sensibles a Su voluntad y deseos; cuanto más Le amemos, más nos retraeremos instintivamente del mal y desearemos el bien. La palabra que usa Pablo para *poner a prueba* es *dokimázein*, que era la que se usaba para probar un metal para comprobar que era genuino. El verdadero amor no es ciego; nos permitirá siempre ver la diferencia entre lo falso y lo verdadero.

Así que el cristiano llegará a ser puro y no será causa de que otros tropiecen. La palabra que usa para *puro* es interesante. Es *eilikrinés*. Los griegos sugerían dos etimologías posibles, cada una de las cuales presentaba una idea gráfica. Podía venir de *eile*, *la luz del sol*, y de *krínein*, *juzgar*, y describir lo que puede resistir el escrutinio de la luz solar sin mostrar ningún defecto. Sobre esa base la palabra querrá decir que el carácter cristiano puede soportar que se le proyecte cualquier luz. La otra posibilidad es que *eilikrinés* se derive de *eilein*, que quiere decir dar vueltas y vueltas como en una criba hasta que se le quitan todas las impurezas. Sobre esa base, el carácter cristiano se va limpiando de todo mal hasta quedar totalmente puro.

Pero el cristiano no es sólo puro; es también *apróskopos*, no hace que nadie tropiece. Hay personas que son exteriormente impecables, pero tan austeras que repelen a los demás del Cristianismo. El cristiano es en sí mismo puro, pero su amor y gentileza son tales que atraen a otros al camino cristiano en lugar de repelerlos.

Por último, Pablo establece el objetivo del cristiano. Es vivir de tal manera que se den a Dios la gloria y la alabanza. El cristiano no se propone obtener honores por su bondad para sí mismo, sino para Dios. El cristiano sabe, y atestigua, que es como es, no por su propio esfuerzo y sin ayuda de nadie, sino solamente por la gracia de Dios.

LOS LAZOS QUE DESTRUYEN LAS BARRERAS

Filipenses 1:12-14

Quiero que sepáis, hermanos, que todo lo que me ha sucedido ha redundado más en el avance del Evangelio, porque le ha demostrado a toda la guardia pretoriana y a todos los demás que no estoy preso nada más que por la causa de Cristo, y que lo sobrellevo con la fuerza de Cristo; y el resultado es que, por estar yo en la cárcel, más hermanos han recibido confianza en el Señor para atreverse más abierta e intrépidamente a hablar la Palabra de Dios.

Pablo estaba preso; pero, lejos de que esa circunstancia pusiera fin a su actividad misionera, la extendió, tanto por su parte como por la de otros. De hecho, las cadenas echaron abajo las barreras. La palabra que usa Pablo para *el avance* del Evangelio es sumamente gráfica: *prokopé*, que es la que se usaría para el avance de un ejército o de una expedición militar. Es el nombre del verbo *prokóptein*, que quiere decir *cortar avanzando*, que se usa para cortar los árboles y la maleza y derribar las barreras a medida que se produce el avance de un ejército. El encarcelamiento de Pablo, lejos de cerrar la puerta, la abrió a nuevas esferas de trabajo y actividad en las que no habría penetrado de otra manera.

Pablo, viendo que no podía esperar justicia en Palestina, había apelado a César, cosa que podía hacer cualquier ciudadano romano. A su debido tiempo le habían despachado para Roma bajo escolta militar; y, cuando llegó allí, le dejaron al cuidado del < capitán de la guardia > y le permitieron vivir por su cuenta al cuidado de un soldado de guardia (*Hechos 28:16*). Por último, aunque seguía bajo guardia, se le permitió estar en una casa de alquiler (*Hechos 28:30*), lo que le permitía recibir a todos los que quisieran visitarle.

La palabra que hemos traducido por *la guardia pretoriana* es *praitórion*, que puede referirse o a un lugar o a un grupo de personas.

Cuando se refiere al lugar tiene tres significados. (i) En su origen quería decir *el puesto de mando de un general en campaña*, la tienda desde la que daba las órdenes y dirigía las operaciones. (ii) De ahí pasó naturalmente a significar la residencia del general, que podía querer decir la del emperador; es decir, su palacio, aunque son raros los ejemplos de este uso. (iii) Con otro paso natural llegó a significar una mansión extensa o villa, la residencia de alguna persona rica e influyente. Aquí *praitórion* no puede tener ninguno de estos significados, porque está claro que Pablo se encontraba en su casa de alquiler, y no hace sentido que su casa estuviera en el palacio del emperador.

Así es que pasamos al otro sentido de *praitórion*: un cuerpo de personas, *la guardia pretoriana*, o más raramente su cuartel. Podemos dejar de lado este último significado porque no hace sentido que Pablo tuviera una residencia alquilada en el cuartel romano.

La guardia pretoriana era la guardia imperial romana. La había instituido Augusto, y constaba de un ejército de diez mil soldados escogidos. Augusto los había mantenido dispersos por toda Roma y las ciudades circundantes. Tiberio los había concentrado en Roma en un campamento especialmente construido y fortificado. Vitelio había aumentado su número a dieciséis mil. Tenían un servicio de doce, y luego de dieciséis años. Cuando se licenciaban recibían la ciudadanía romana y una cantidad de dinero equivalente a 25,000 pesetas. (Pero recuérdese que el sueldo de un obrero era de diez pesetas al día). Posteriormente llegaron a ser algo así como el cuerpo de guardia especial del emperador; y finalmente se convirtieron en todo un problema, porque estaban concentrados en Roma, y llegaron a ser los que quitaban y ponían emperador, porque era su candidato el que quedaba elegido siempre, ya que podían imponerse a la fuerza al populacho si era necesario. Fue al

prefecto de la guardia pretoriana, el comandante en jefe, al que entregaron a Pablo cuando llegó a Roma.

Pablo dice que estaba *prisionero o en cadenas*. Les dice a los cristianos romanos que, aunque no ha hecho nada malo, fue entregado *prisionero (desmíos)* a manos de los romanos (*Hechos 28:17*). En *Filipenses* menciona varias veces su *prisión (Filipenses 1:7,13,14)*. En *Colosenses* dice que está en prisión, o en cadenas, por la causa de Cristo, y les pide a los colosenses que recuerden sus cadenas (*Colosenses 4:3,18*). En *Filemón* se llama a sí mismo prisionero de Jesucristo, y habla de las cadenas del Evangelio (*Filemón 9,13*). En *Efesios* vuelve a llamarse prisionero de Jesucristo (*Efesios 3:1*).

Hay dos pasajes en los que estas cadenas se definen más exactamente. En *Hechos 28:20* habla de sí mismo como *sujeto con esta cadena*; y usa la misma palabra (*halysis*) en *Efesios 6:20*, cuando se llama *embajador en cadenas*. Es en esta palabra *halysis* en la que encontramos la clave. La *halysis* era la cadena corta que unía la muñeca del prisionero a la del soldado que le guardaba para que no se pudiera escapar. La situación era la siguiente: habían entregado a Pablo al capitán de la guardia pretoriana, a la espera de que le juzgara el Emperador; se le había permitido alquilar una casa; pero, aun allí, había siempre un soldado custodiándole, encadenado con él mediante una *halysis* todo el tiempo. Habría, por supuesto, una lista de guardias que se turnaban en este servicio; y en los dos años, uno tras otro, todos los soldados de la guardia imperial habrían estado de guardia con Pablo. ¡Qué preciosa oportunidad! Aquellos soldados oírían a Pablo predicar y hablar con sus amigos. Sin duda durante las largas horas de la guardia Pablo iniciaría la conversación acerca de Jesucristo con el soldado de turno al que estaba encadenado.

La cárcel le había ofrecido la oportunidad de predicar el Evangelio al regimiento más selecto del ejército romano. No es extraño que declarara que sus cadenas se habían hecho famosas en el pretorio y habían supuesto una oportunidad única para el avance del Evangelio en ese frente. Toda la guardia

pretoriana sabría por qué estaba preso Pablo; muchos de los soldados habrían entrado en contacto con Cristo; y el saberlo habría dado a los hermanos de Filipos un nuevo coraje para predicar el Evangelio y testificar de Cristo.

Las cadenas de Pablo habían quitado las barreras y le habían dado acceso a la flor y nata del ejército romano, y sus cadenas habían sido la pócima de coraje que necesitaban los hermanos de Filipos.

LA PROCLAMACIÓN SUPREMA

Filipenses 1:15-18

A algunos lo que les mueve a predicar a Cristo son la envidia y la rivalidad, pero a otros la buena voluntad. Unos predicar a Cristo por amor, porque saben que me encuentro aquí por la defensa del Evangelio; otros predicar a Cristo con fines partidistas, no por motivos limpios, para que aún me aflija más por estar encarcelado. ¿Y entonces, qué he de pensar? Pues que el único resultado es que, sea como sea, como tapadera de otros propósitos o por amor a la verdad, se proclama a Cristo. Y de eso no puedo hacer más que regocijarme a tope siempre.

Aquí está hablando el gran corazón de Pablo. El estar él en la cárcel ha incentivado a la predicación del Evangelio. Ese incentivo actuó de dos maneras. Estaban los que le amaban; y, al saberle en la cárcel, redoblaban los esfuerzos para extender el Evangelio para que no perdiera terreno por estar Pablo inmovilizado. Sabían que la mejor manera de deleitar su corazón era hacerle ver que la obra no sufría por su lamentable ausencia. Pero otros estaban motivados por lo que Pablo llama *eritheía*, y *predicaban* por sus propios fines partidistas. *Erietheía* es una palabra interesante. En su origen no significaba más

que *trabajar por el sueldo*. Pero si uno trabaja solamente por el sueldo no tiene la motivación más elevada. No considera nada más que lo que pueda sacar para sí. De ahí que llegara a significar el espíritu mercenario y ambicioso que no hace nada nada más que para engrandecerse a sí mismo; y llegó a aplicarse a la política y a querer decir *hacer lo que fuera para ganar votos*. Así llegó a describir la ambición interesada y egoísta que no busca más que encumbrarse sin prestar atención a los medios a los que tiene que rebajarse para obtener sus fines. Así es que había algunos que predicaban a Cristo más intensamente aprovechándose de que Pablo estaba en la cárcel, porque esa circunstancia parecía ofrecerles una oportunidad enviada del cielo para aumentar su propio prestigio e influencia y disminuir los de él.

Aquí encontramos una lección. Pablo no sabía lo que eran los celos ni el rencor. Mientras se predicara a Cristo, no le importaba quién recibiera los honores o el prestigio. No le importaba lo más mínimo lo que otros predicadores dijeran de él, ni lo enemistados que estuvieran con él, o lo mucho que le despreciaran, o que trataran de sacarle ventaja. Lo único que le importaba era que se predicara a Cristo. Desgraciadamente muchas veces nos damos por ofendidos cuando alguien se alza con una posición que se nos cierra a nosotros. Es frecuente que miremos al otro como un enemigo porque ha hecho alguna crítica de nosotros o de nuestros métodos. Es corriente creer que otros no pueden hacer nada bien porque no lo hacen a nuestra manera. Demasiado a menudo los teólogos no quieren saber nada de los evangelistas, y los evangelistas critican la actitud de los teólogos. Los que creen en la evangelización mediante la educación no le encuentran sentido a la evangelización buscando decisiones personales, y éstos no les reconocen a aquéllos el derecho a creer que su enfoque consiga resultados más duraderos. Pablo es nuestro gran ejemplo: ponía la cuestión por encima de los personalismos, y todo lo que le importaba era que se predicara a Cristo.

Filipenses 1:19-20

Porque creo que esto conducirá a mi salvación gracias a vuestras oraciones y a la generosa ayuda que me presta el Espíritu Santo de Cristo; porque es mi anhelante expectación y mi esperanza el no tener que callarme por vergüenza ante nada, sino en cualesquiera circunstancias, aun ahora, tener libertad para hacer uso de la palabra para glorificar a Cristo en mi cuerpo, ya sea con mi vida o con mi muerte.

Pablo estaba convencido de que la situación en que se encontraba conduciría a su salvación. Hasta la cárcel, y la casi hostil predicación, de sus enemigos personales, acabarían por conducir a su salvación. ¿Qué quería decir con eso de su *salvación*? La palabra que usa es *sótería*, que puede tener aquí tres posibles sentidos.

(i) Puede querer decir *su seguridad*, en cuyo caso Pablo querría decir que estaba seguro de que el asunto terminaría en su liberación. Pero no es probable que quiera decir eso aquí, porque Pablo pasa a decir que no está seguro de si será mediante su vida o mediante su muerte.

(ii) Puede querer decir *su salvación en el Cielo*. En ese caso Pablo estaría diciendo que su conducta en la ocasión que le brinda esta situación será su testimonio en el día del juicio. Aquí hay una gran verdad. En cualquier situación de oportunidad o desafío, una persona no actúa para el tiempo, sino para la eternidad. La reacción de una persona en una situación en el tiempo es un testigo a su favor o en su contra en la eternidad.

(iii) Pero *sótería* puede tener un sentido más amplio que cualquiera de éstos. Puede querer decir *salud, bienestar general*. Puede que Pablo esté diciendo que todo lo que le está sucediendo en esta situación sumamente difícil es lo mejor que

le puede ocurrir tanto en el tiempo como en la eternidad. «Dios me puso en esta situación; y Dios quiere que, con todos sus problemas y dificultades, contribuya a mi felicidad y utilidad en el tiempo, y para mi gozo y paz en la eternidad.»

En esta situación Pablo sabe que tiene dos grandes ayudadores.

(i) Tiene la ayuda de las oraciones de sus amigos. Una de las cosas más preciosas de las cartas de Pablo es la manera que tiene de pedir las oraciones de sus amigos. «Hermanos -escribe a los tesalonicenses-, orad por nosotros.» «Por último, hermanos -escribe-, orad por nosotros para que la Palabra de Dios prospere y triunfe» (1 *Tesalonicenses 5:25*; 2 *Tesalonicenses 3:1 s*). Les dice a los corintios: «Ayudadnos por medio de la oración» (2 *Corintios 1:11*). Escribe que está seguro de que mediante las oraciones de Filemón volverá a estar con sus amigos (*Filemón 22*). Antes de iniciar su peligroso viaje a Jerusalén, escribe a la iglesia de Roma para pedirle sus oraciones (*Romanos 15:30-32*).

Pablo no se consideró nunca tan grande como para no necesitar las oraciones de sus amigos. Nunca hablaba a los demás como si él pudiera hacerlo todo y ellos nada; siempre les recordaba que ni él ni ellos podían hacer nada sin la ayuda de Dios. Aquí hay algo que debemos recordar. Cuando hay personas que están en aflicción, uno de sus mayores consuelos es la seguridad de que otros las están apoyando ante el trono de la gracia. Cuando tienen que arrostrar algún esfuerzo extraordinario o alguna decisión demoledora, reciben nuevas fuerzas al recordar que otros están recordándolos delante de Dios. Cuando tienen que ir a nuevos lugares y estar lejos de casa, es animador saber que las oraciones de sus seres queridos cruzan los continentes para llevarlos ante el trono de la gracia. No podemos llamar a nadie nuestro amigo a menos que oremos por él.

(ii) Pablo sabe que tiene la ayuda del Espíritu Santo. Su presencia es el cumplimiento de la promesa de Jesús de que estaría con nosotros hasta el fin del mundo.

En toda esta situación, Pablo tiene una expectación y una esperanza. La palabra que usa para *expectación* es muy gráfica e infrecuente; nadie la usó antes que Pablo, y puede ser que fuera él el que ya acuñara. Es *apokaradokía*. *Apó* quiere decir *lejos de*, *kara* es *la cabeza* y *dokein* es *mirar*; así es que *apokaradokía* es la mirada ansiosa e intensa, que se aparta de todo lo demás para fijarse en un solo objeto del deseo. La esperanza de Pablo es no tener nunca que callarse por vergüenza o por cobardía o por sentimiento de inutilidad. Pablo está seguro de que en Cristo hallará el coraje para no avergonzarse nunca del Evangelio; y de que por medio de Cristo sus trabajos resultarán eficaces para que los vean todos. J. B. Lightfoot escribe: «El derecho de hacer uso de la palabra es el emblema, el privilegio del siervo de Cristo.» El decir la verdad con valentía no es sólo el *privilegio* del siervo de Cristo, sino también su *deber*.

Así es que, si Pablo aprovecha la oportunidad valerosa y eficazmente, Cristo será glorificado en él. No importa cómo le vaya. Si muere, recibirá la corona del martirio; si vive, tendrá el privilegio de seguir predicando y testificando de Cristo. Como lo expresaba Ellicott noblemente, Pablo está diciendo: «Mi cuerpo será el teatro en el que se desplegará la gloria de Cristo.» Aquí tenemos la tremenda responsabilidad del cristiano. Una vez que hemos aceptado a Cristo, Le producimos gloria o vergüenza con nuestra vida y conducta. Al dirigente se le juzga por sus seguidores; y así a Cristo se Le juzga por nosotros.

EN VIDA O EN MUERTE

Filipenses 1:21-26

Porque para mí la vida no es otra cosa que Cristo, y la muerte es una ganancia. No obstante, ¿qué si el seguir viviendo físicamente me permitiera producir más

fruto? Entonces no sabría qué escoger; me encuentro indeciso entre dos cosas buenas; porque, por una parte, ya tengo ganas de levantar la tienda y estar con Cristo, que es lo mejor de todo; pero por causa de vosotros me resulta más importante seguir en este mundo. De esto último estoy confiadamente seguro: de que quedaré para estar con vosotros y a vuestro lado para ayudaros a proseguir vuestro camino y para aumentar el gozo de vuestra fe, para daros todavía más motivos para estar orgullosos de Cristo por causa de mí cuando vuelva a visitaros una vez más.

Como Pablo estaba en la cárcel esperando el juicio, tenía que asumir la realidad de que era impredecible si había de morir o de seguir viviendo; pero a él le daba lo mismo.

« El vivir --dice en frase lapidaria- quiere decir Cristo.» Para Pablo, Cristo había sido *el principio* de su vida, porque aquel día del camino de Damasco era como si su vida hubiera empezado totalmente de nuevo. Cristo había sido *la continuación* de su vida; no había habido nunca un día que Pablo no hubiera vivido en Su presencia, y en los más terribles momentos Cristo había estado con Él dándole ánimo (*Hechos 18:9s*). Cristo era *el fin* de su vida, porque era a Su continua presencia adonde conducía para Pablo la vida. Cristo era *la inspiración* de su vida; era *la dinámica* de su vida. Cristo había sido el Que le había dado a Pablo *la tarea* de vivir, porque había sido Él el Que le había hecho apóstol y le había enviado a evangelizar a los gentiles. Había sido Cristo el Que le había dado *la fuerza* para vivir, porque era la gracia todosuficiente de Cristo la que había alcanzado su plenitud en la debilidad de Pablo. Para él, Cristo era *la recompensa* de la vida, porque la única recompensa que valía la pena para Pablo era una comunión más íntima con su Señor. Si Cristo hubiera de desaparecer de su vida, a Pablo no le quedaría nada.

«Para mí -dice Pablo-, la muerte es una ganancia.» La muerte era la entrada en una presencia aún más íntima de

Cristo. Hay pasajes en los que Pablo parece considerar la muerte como un sueño del que todos los seres humanos despertarán en alguna resurrección general futura (1 Corintios 15: 51-52; 1 Tesalonicenses 4:14,16); pero en este momento en que sentía sobre sí el aliento de la muerte, Pablo no la veía como un quedarse dormido, sino como la entrada inmediata a la presencia de su Señor. Si creemos en Jesucristo, para nosotros la muerte es *unión y reunión*, unión con Él y reunión con los que hemos amado y perdido por un tiempo.

En consecuencia, Pablo oscilaba entre dos deseos que tiraban de él en sentidos opuestos. La palabra que usa es *synéjomi*, que se usaría para describir la situación de un viajero que se encontrara entre un muro inescalable por un lado y un precipicio por el otro, sin más salida que seguir adelante; «entre la espada y la pared» diríamos en español, aunque así se expresa el encontrarse uno entre dos males, y Pablo se encontraba entre dos bienes. Él prefería marcharse ya para estar con Cristo, que era con mucho lo mejor, salir ganando; pero por causa de sus amigos y de lo que todavía pudiera hacer por ellos deseaba seguir en esta vida. Y entonces viene el pensamiento de que la elección no depende de él, sino de Dios.

«Mi deseo es partir,» dice Pablo con una frase muy gráfica, usando la palabra *anályein*, que tiene varios significados.

(i) Es la palabra que se usa para levantar el campamento, desatar las cuerdas de las tiendas de campaña, sacar las estacas y ponerse en marcha. La muerte es el último viaje. Se dice que en los días terribles de la Segunda Guerra Mundial, cuando la aviación británica se encontraba entre su país y la destrucción, y se sacrificaban las vidas de los pilotos, nunca decían que uno de ellos había perdido la vida, sino siempre que «le habían destinado al otro puesto.» En el himno de la Falange se decía también: «Si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí.» Cada día nos encontramos una jornada más cerca de nuestro Hogar, hasta que la última levantemos la tienda definitivamente para ocupar nuestra morada permanente en el mundo de la gloria.

(ii) Es la palabra para soltar amarras, recoger el ancla y hacerse a la vela. Como decía el poeta:

Y cuando llegue el día del último viaje y esté al partir la nave que nunca ha de tornar...

La muerte es hacerse a la vela y partir en un viaje que conduce al puerto de la eternidad y a Dios.

(iii) Es la palabra para resolver problemas. La muerte aporta la solución a muchos de los problemas de la vida. Hay un lugar en el que se contestarán todas las preguntas de la vida, y donde los que han esperado comprenderán por fin.

Pablo está convencido de que *quedará y seguirá* con ellos. Hay aquí un juego de palabras en griego que no se puede reproducir en español. La palabra para *quedar* es *ménein*, y la de *continuar* es *paraménein*. Lightfoot sugiere en inglés *bide and abide*. Eso mantiene el juego de palabras pero no el sentido. El detalle está en que *ménein* quiere decir sencillamente *permanecer con*, mientras que *paraménein* (*para* quiere decir en griego *al lado de*) quiere decir esperar al lado de una persona dispuesto a ayudar. El deseo que tenía Pablo de seguir en esta vida no era para vivir para sí, sino para otros a los que podría seguir ayudando.

Así era que, si Pablo conservaba la vida para poder ir a verlos otra vez, ellos tendrían razones para sentirse orgullosos de Jesucristo. Es decir, podrían mirar a Pablo y ver en él un ejemplo luminoso de cómo, por medio de Cristo, una persona puede arrostrar lo peor sin alterarse ni atemorizarse. Es el deber de todo cristiano el confiar de tal manera que los demás puedan ver en él lo que Cristo puede hacer por una persona que Le ha entregado su vida.

Filipenses 1:27-30

Hay algo que debéis tener presente en cualesquiera circunstancias: vivid una vida que sea digna de los ciudadanos del Reino y del Evangelio de Cristo; para que, ya sea que vaya a veros o que me vaya a otro sitio, y oiga cómo os van las cosas, las noticias sean que os mantenéis innes,unidos en un mismo Espíritu, peleando unánimes la batalla de la fe del Evangelio, y sin dejaros intimidar por vuestros adversarios. Porque vuestra firmeza debe de serles una prueba de que son ellos los .que están condenados a la derrota, mientras que vosotros estáis destinados a la salvación y eso es cosa de Dios. Porque a vosotros se os ha concedido el privilegio de hacer algo por Cristo- el privilegio no sólo de creer en Él, sino también de sufrir por Él; porque vosotros tenéis la misma lucha en la que me habéis visto envuelto a mí, y que ahora oís que estoy librando.

No hay más que una cosa que sea esencial -independientemente de lo que les pase a ellos o a Pablo-:los filipenses deben vivir de una manera digna de la fe que profesan. Aquí Pablo escoge las palabras con cuidado. La versión antigua Reina-Valera decía desde la Biblia del Oso: < Solamente que converséis como es digno del evangelio de Cristo.> Eso resultaba confuso, porque ahora *conversación* y *conversar* quiere decir *hablar*; pero se deriva del latín, *conversari*, que quería decir *conducirse, conducta*. En el tiempo de Cervantes, la *conversación* de una persona no era solamente lo que hablaba con los demás, sino su comportamiento global. Por eso a partir de la revisión de 1960 se corrigió: «Solamente que os comportéis...» Eso y no otra cosa es lo que quiere decir aquí Pablo: «Que vuestra conducta sea la que corresponde a los que están consagrados a Cristo.»

Pero en esta ocasión hallamos una palabra que Pablo usa rara vez con este sentido. La que usaba corrientemente para conducirse en los asuntos normales de la vida era *peripatein*, literalmente *andar*; aquí usa *politeúesthai*, que la Vulgata tradujo por *conversari* (*Hechos 23:1* y *aquí*), pero que quiere decir etimológicamente *ser ciudadano*. Pablo estaba escribiendo desde la capital del Imperio Romano, desde Roma; él mismo era ciudadano romano, lo que le había llevado allí. Filipos era una colonia romana, y las tales eran pequeñas réplicas de Roma plantadas por todo el mundo, en las que los ciudadanos no olvidaban nunca que eran romanos: hablaban latín, llevaban ropa romana, daban nombres latinos a sus magistrados... por muy lejos que estuvieran de Roma. Así que Pablo les dice: < Vosotros y yo conocemos muy bien los privilegios y las responsabilidades de ser ciudadanos romanos. Vosotros sabéis muy bien que hasta en Filipos, a tanta distancia de Roma, debéis vivir y actuar como romanos. Pues bien, tened presente que tenéis un deber aún más elevado que ese: estéis donde estéis debéis vivir como corresponde a ciudadanos del Reino de Dios.

¿Qué era lo que Pablo esperaba de ellos? Esperaba que *se mantuvieran firmes*. El mundo está lleno de cristianos en retirada que, cuando las cosas se ponen difíciles, ponen su cristianismo al ralenti. El verdadero cristiano se mantiene firme, sin avergonzarse de su fe en ninguna compañía. Espera *unidad*; deben estar vinculados en un mismo Espíritu como una banda de hermanos. Que se pelee el mundo; los cristianos deben estar unidos. Espera una cierta *inconquistabilidad*. A menudo el mal parece invencible; pero el cristiano no debe perder nunca la esperanza ni rendirse en la lucha. Espera *un coraje templado y tranquilo*. En tiempos de crisis, otros se ponen nerviosos y se desequilibran; el cristiano se mantendrá sereno, dueño de sí mismo y de la situación.

Si pueden ser así, darán tal ejemplo que los paganos se avergonzarán de su manera de vivir, se darán cuenta de que los cristianos tienen algo de lo que ellos carecen, y tratarán de participar de ello para poder sobrevivir.

Pablo no sugiere que las cosas sean fáciles. Cuando el Evangelio llegó por primera vez a Filipos, los filipenses vieron a Pablo librar su propia batalla. Le vieron azotado y encarcelado por la fe (*Hechos 16:19*). Sabían lo que estaba pasando cuando les escribió esta carta. Pero que tuvieran presente que un general escoge a sus mejores soldados para las misiones más difíciles, y que es un honor sufrir por Cristo. Se cuenta de un soldado veterano francés que intervino en una situación desesperada en la que había un recluta temblando de miedo. «¡Vamos! -le dijo el veterano-. Que tú y yo vamos a hacer algo bonito por Francia.» Así es que Pablo les dice a los filipenses: «Nos encontramos en medio del combate. Hagamos algo que valga la pena por Cristo.»

LAS CAUSAS DE LA DESUNIÓN

Filipenses 2:1-4

Si el estar en Cristo tiene algún poder para influir en vosotros, si el amor tiene alguna capacidad persuasivo para incentivaros, si de veras participáis del Espíritu Santo, si podéis sentir compasión y piedad, completad lo que le pueda faltar a mi gozo, porque mi deseo es que estéis totalmente de acuerdo, amando las mismas cosas, unidos en el alma, con la mente en la misma cosa. No hagáis nada movidos por un espíritu de ambición egoísta, ni para ganar una estimación huera, sino con toda humildad, considerando cada uno que los demás valen más que él. No estéis siempre pendientes cada uno de sus intereses particulares, sino igualmente preocupado por los intereses de los demás.

El único peligro que amenazaba a la iglesia filipense era el de la desunión. En cierto sentido, ese es el peligro que corre cualquier iglesia sana. Es cuando los miembros están realmente en serio y sus creencias les importan de veras cuando están propensos a enfrentarse. Cuanto más entusiasmo tienen, tanto mayor peligro tienen de chocar. Pablo quiere salvaguardar a sus amigos contra ese peligro.

En los versículos 3 y 4 nos da tres causas de desunión.

Está *la ambición egoísta*. Siempre hay peligro de que las personas hagan las cosas, no para que avance la obra, sino para promocionarse a sí mismas. Es un hecho extraordinario de la Historia que una y otra vez los grandes príncipes de la Iglesia casi huyeran de los cargos en la agonía del sentimiento de su propia indignidad.

Ambrosio fue una de las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Era un gran erudito, gobernador de la provincia romana de Liguria y Emilia, y las gobernaba con un cuidado tan cariñoso que la gente le miraba como a un padre. Murió el obispo del lugar, y se planteó la cuestión de la sucesión. En medio de la discusión, de pronto se oyó la voz de un niño: «¡Ambrosio para obispo! ¡Ambrosio para obispo!» Y pronto lo coreó toda la multitud. Para Ambrosio aquello era inconcebible. Salió huyendo aquella noche para eludir el puesto honorable que le ofrecía la iglesia; y sólo le hizo aceptar ser obispo de Milán la intervención y orden del Emperador.

Cuando John Rough convocó públicamente desde el púlpito al gran reformador escocés John Knox al ministerio, éste se sintió apabullado. En su propia *Historia de la Reforma* escribe: «Ante lo cual, el mencionado John, confuso, rompió a llorar abundantemente, y se retiró a su habitación. Su rostro y su comportamiento desde ese día hasta el día en que se le obligó a presentarse en público para predicar declaraban claramente la preocupación y angustia de su corazón. Nadie le notó ninguna señal-de alegría, ni se le vio en compañía de nadie durante mudos días.»

Lejos de estar llenos de ambición, los grandes hombres estaban llenos de un sentimiento de su propia indignidad para los cargos elevados.

Está el deseo de *prestigio personal*. El prestigio es para muchos una tentación aún mayor que la de la riqueza. El ser admirado y respetado, en sentarse en la plataforma, que se busque la opinión de uno, que se le conozca a uno de nombre y en persona, hasta el ser adulado son para muchos las cosas más deseables. Pero el propósito del cristiano no debe ser alardear, sino pasar inadvertido. Debe hacer buenas obras, no para que la gente le alabe, sino para que glorifique a su Padre Que está en el Cielo. El cristiano debe desear que la gente fije la mirada, no en él mismo, sino en Dios.

Está *el concentrarse en el ego*. Si una persona no se preocupa nunca nada más que de sus propios intereses, es inevitable que choque con otras personas. Si su idea de la vida es la de una contienda competitiva cuyos premios se esfuerza por ganar, siempre considerará a los demás como enemigos, o por lo menos como rivales de los que tiene que desembarazarse. El concentrarse en uno mismo induce inevitablemente a eliminar a los demás; y el objeto de la vida no puede ser ayudar a los demás, sino quitarlos de en medio.

LA CURA DE LA DESUNIÓN

Filipenses 2:1-4 (continuación)

Ante el peligro de la desunión, Pablo establece cinco consideraciones que deberían prevenir la desarmonía.

(i) El hecho de que todos estamos en Cristo debería mantener la unidad. No se puede andar en desunión con los demás y en unión con Cristo. Si se tiene a Cristo de compañero de viaje, se es inevitablemente compañero de los otros viandantes. La relación de una persona con sus camaradas indica a ciencia cierta su relación con Jesucristo.

(ii) El poder del amor cristiano debe mantenernos en unidad. El amor cristiano es esa buena voluntad invencible, que no sucumbe jamás al rencor ni busca más que el bien supremo de

los demás. No es una mera actitud del corazón, como el amor humano; es la victoria de la voluntad, lograda con la ayuda de Jesucristo. No quiere decir amar solo a los que nos aman; o a aquellos que nos gustan; ni a los que son amables. Quiere decir una buena voluntad invencible hasta hacia los que nos odian, los que no nos gustan y que son todo lo contrario de amables. Esta es la misma esencia de la vida cristiana; y nos afecta tanto en el tiempo como en la eternidad. Richard Tatlock escribe en *En la casa de mi Padre*: «El infierno es la condición eterna de los que han hecho imposible la relación con Dios y con sus semejantes con vidas que han destruido el amor... El Cielo, por el contrario, es la condición eterna de los que han encontrado la vida verdadera en la relación por medio del amor con Dios y con sus semejantes.»

(iii) El hecho de compartir el Espíritu Santo debería guardar a los cristianos de la desunión. El Espíritu Santo une al ser humano con Dios y con los demás seres humanos. Es el Espíritu Santo el Que nos permite vivir esa vida de amor que es la misma vida de Dios; si una persona vive en desunión con sus semejantes da señales inequívocas de no tener el don del Espíritu Santo.

(iv) La existencia de la compasión humana debería guardarnos de la desunión. Como dijo Aristóteles hace mucho tiempo, los hombres no fueron diseñados para ser como lobos gruñéndose unos a otros, sino para vivir en armonía. La desunión rompe la estructura esencial de la vida.

(v) La última exhortación de Pablo es personal. No puede haber felicidad para uno mientras sepa que hay desunión en la iglesia que le es tan querida. Si sus amigos quieren completar su gozo, que completen su comunión. No es con amenazas como Pablo se dirige a los cristianos de Filipos, sino con la exhortación del amor, que debería ser el acento del pastor, como fue el acento de su Señor.

LA VERDADERA DIVINIDAD Y LA VERDADERA HUMANIDAD

Filipenses 2:5-11

Tened en vuestro interior la misma actitud mental que hubo en Jesucristo; porque Él era por naturaleza en la misma forma de Dios, y sin embargo no consideró el existir en igualdad con Dios como algo a lo que tenía que aferrarse, sino que Se vació de Sí mismo, y asumió la forma de un esclavo, haciéndose en todo como los hombres. Y cuando vino con una apariencia humana que todos podían reconocer, Se hizo obediente aun hasta el punto de aceptar la muerte, y nada menos que la muerte de Cruz. Y por esa razón Dios Le exaltó, y Le concedió el nombre que está por encima de todos los demás nombres, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los del Cielo, y de los de la Tierra, y de los de debajo de la Tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor a la gloria de Dios Padre.

En muchos sentidos este es el pasaje más importante y conmovedor que Pablo escribió en todas sus cartas acerca de Jesús. Contiene uno de sus pensamientos favoritos. Su esencia se encuentra en la sencilla afirmación que hizo Pablo escribiendo a los corintios: Que Jesús, aunque era rico, por amor a nosotros se hizo pobre (2 Corintios 8:9). Aquí esa misma idea se expresa en una plenitud sin paralelo. Pablo está exhortando a los filipenses a que vivan en armonía, a que dejen a un lado sus discordias, a que se despojen de sus ambiciones personales y de su orgullo y de su deseo de sobresalir, y a que tengan en su corazón aquel deseo humilde, generoso, de servir que fue también la esencia de la vida de Jesús. Su exhortación final y suprema consiste en señalar al ejemplo de Cristo.

Este es un pasaje que debemos tratar de comprender plenamente, por lo mucho que contiene para despertarnos la mente a la meditación y el corazón a la adoración. Con este fin miraremos detenidamente algunas de sus palabras originales.

El griego es una lengua considerablemente más rica que el español. Muchas veces, cuando en español no tenemos más que una palabra para expresar una idea, en griego tenemos varias. En cierto sentido estas palabras son sinónimas; pero, como nos dicen los lingüistas, no existen en ninguna lengua palabras que quieran decir exactamente lo mismo y que se puedan usar indistintamente en todos los contextos. Eso es especialmente cierto en este pasaje. Cada una de las palabras que escogió Pablo meticulosamente nos muestran dos cosas: la realidad de la humanidad y la realidad de la divinidad de Jesucristo. Tomemos las frases una por una. Las presentaremos en la versión Reina-Valera y en nuestra propia traducción, y luego trataremos de penetrar en su sentido esencial.

Versículo 6: *Siendo en forma de Dios - Él era por naturaleza en la misma forma de Dios.* Dos palabras se escogieron cuidadosamente para mostrar la inalterable divinidad de Jesucristo. La palabra que la Reina-Valera traduce por *siendo* pertenece al verbo griego *hypárjein*, que no es la palabra corriente para *ser*. Describe lo que es una persona en su propia esencia y que no puede cambiarse. Describe esa parte de una persona que, en cualesquiera circunstancias, permanece inmutable. Así es que Pablo empieza diciendo que Jesús era esencial e inmutablemente Dios.

Luego pasa a decir que Jesús era en la *forma* de Dios. Hay dos palabras griegas para *forma*: *morfé* y *sjéma*. Tenemos que traducir las dos por *forma* porque no tenemos otro equivalente en español; pero no quieren decir la misma cosa. *Morfé* es la forma esencial que nunca cambia; *sjéma* es la forma exterior que cambia con el tiempo y las circunstancias. Por ejemplo: la *morfé* de cualquier, ser humano es su humanidad, y eso no cambia; pero su *sjéma* está cambiando constantemente. Un bebé, un niño, un chico, un joven, un hombre adulto, un anciano siempre tienen la *morfé* de la humanidad; pero su

sjéma exterior está cambiando todo el tiempo. Las rosas, los tulipanes, los crisantemos, las dalias, etc., tienen todas en común la *morfé* de flores; pero su *sjéma* es diferente. La aspirina y la penicilina tienen una *morfé* común de medicinas; pero tienen una *sjéma* diferente. La *morfé* no cambia nunca; la *sjéma* sí, continuamente. La palabra que usa Pablo para decir que Jesús es en la forma de Dios es *morfé*; es decir: Su esencia inalterable es la divinidad. Aunque Su *sjéma* exterior cambiara, seguía siendo de esencia divina.

Jesús no *estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse* (Antigua versión: *no tuvo por usurpación ser igual a Dios*) - *no consideró el existir en igualdad con Dios como algo a lo que tenía que aferrarse*. La palabra para *usurpación* (*rapiña* en la Biblia del Oso), que hemos traducido por *cosa a que aferrarse* es *harpagmós*, que procede de un verbo que quiere decir *agarrar, arrebatar*. La frase puede querer decir una de dos cosas, que coinciden en el fondo. (a) Puede querer decir que Jesús no tuvo necesidad de arrebatar la igualdad con Dios, como trató de hacer el primer Adán, porque la tenía por naturaleza. (b) Puede querer decir que no se aferró a la igualdad con Dios, como reteniéndola celosamente para Sí, sino se despojó de ella voluntariamente por amor a la humanidad. Comoquiera que lo tomemos, hace hincapié en la divinidad esencial de Jesús.

Versículo 7: *Se despojó a Sí mismo* (Antigua versión: *se anonadó a sí mismo*) - *Se vació de Sí mismo*. El verbo griego *kenún* quiere decir literalmente *vaciar*. Se puede usar de sacar el contenido de un contenedor hasta dejarlo vacío, o de derramar su contenido hasta que no queda nada dentro. Aquí usa Pablo la palabra más gráfica posible para aclarar *el sacrificio de la Encarnación*. Jesús rindió de manera voluntaria la gloria de la divinidad para convertirse en un hombre. Se vació de Su divinidad para asumir Su humanidad. Es inútil preguntar cómo; no podemos más que permanecer henchidos de santo temor al contemplar por la fe al Que es Dios todopoderoso hambriento y cansado y en lágrimas. Aquí, en

un último esfuerzo del lenguaje humano, se atesora la verdad salvadora de que el Que era rico Se hizo pobre por amor a nosotros.

Tomó la forma de siervo - asumió la forma de un esclavo. La palabra que usa Pablo aquí es otra vez *morfé*, que ya hemos visto que quiere decir la forma esencial. Pablo quiere decir que cuando Jesús Se hizo hombre no se limitó a representar un papel, sino la pura realidad. No fue como los dioses griegos, que a veces, según la mitología, se presentaban como hombres pero guardaban sus privilegios divinos. Jesús se hizo hombre de veras. *Pero* hay algo más aquí. *Se hizo semejante a los hombres - haciéndose en todo como los hombres*. La palabra que la Reina-Valera traduce por *se hizo* y nosotros por *haciéndose* es una parte del verbo griego *guínesthai*. Este verbo describe *un estado que no es permanente*. La idea es la de *llegar a ser, hacerse*, y describe una fase de cambio que es totalmente real, pero que pasa. Es decir: la condición humana de Jesús no era un estado Suyo permanente; fue absolutamente real, pero transitorio.

Versículo 8: *Hallándose en la condición de hombre - Vino con una apariencia humana que todos podían reconocer*. Pablo insiste en lo mismo. La palabra que la versión Reina-Valera traduce por *condición*, y que nosotros hemos traducido por *apariencia* es *sjéma*, que ya hemos visto que es una forma que cambia.

Los versículos 6-8 forman un pasaje muy breve; pero no hay otro pasaje en el Nuevo Testamento que nos presente la absoluta realidad de la divinidad y de la humanidad de Jesús de una manera tan conmovedora, ni de una manera tan viva el sacrificio que Él hizo cuando se despojó de Su divinidad y asumió Su humanidad. Cómo sucedió, no lo podemos decir; pero es el misterio de un amor tan grande que, aunque no lo podamos comprender plenamente, podemos experimentarlo benditamente, y adorarlo.

LA HUMILLACIÓN Y LA EXALTACIÓN

Filipenses 2:5-11 (continuación)

Debemos tener presente siempre que cuando Pablo pensaba y hablaba acerca de Jesús, su interés y su intención no eran nunca primordialmente intelectuales o especulativos, sino siempre prácticos. Para él la teología y la acción siempre iban juntas. Todo sistema de pensamiento debe convertirse por necesidad en una manera de vivir. En muchos sentidos este pasaje es uno de los vuelos más altos del pensamiento teológico del Nuevo Testamento; pero su intención era persuadir a los filipenses para que vivieran una vida en la que la desunión, la discordia y la ambición personal no tuvieran lugar.

Así es que Pablo dice de Jesús que Se humilló a Sí mismo y Se hizo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. La gran característica de la vida de Jesús fue la humildad, la obediencia y la renuncia a Sí mismo. No deseaba dominar a los hombres, sino servir a los hombres; no deseaba seguir Su propio camino, sino el de Dios; no deseaba exaltarse a Sí mismo, sino renunciar a toda Su gloria por amor a los hombres. Una y otra vez el Nuevo Testamento se muestra seguro de que es solamente el que se humilla el que será exaltado (*Mateo 23:12; Lucas 14:11; 18:14*). Si la humildad, la obediencia y la autorrenuncia fueron las características supremas de la vida de Jesús, también deben ser las señales características del cristiano. El egoísmo, el buscar para uno mismo y el alardear de lo propio destruyen nuestra semejanza con El y nuestra relación con nuestros semejantes.

Pero la autorrenuncia de Jesucristo le condujo a una gloria aún mayor. Le aseguró que algún día, más tarde o más temprano, todas las criaturas del universo en el Cielo y en la Tierra y hasta en el infierno Le adorarán. Hay que fijarse con cuidado de dónde llega esa adoración. *Viene del amor*. Jesús Se ganó los corazones de las personas, no apabullándolas con manifestaciones de poder, sino mostrándoles un amor que no

podieron resistir. A la vista de esta Persona que Se despojó de Su gloria por los hombres y los amó hasta el punto de morir por ellos en la Cruz, los corazones humanos se derriten y se les quebranta toda resistencia. Cuando adoran a Jesucristo, caen a Sus pies maravillados de amor. No dicen: «No puedo resistir un poder semejante;» sino, con el himno: «Amor tan maravilloso, tan divino, demanda mi vida, mi alma, mi todo.» La adoración se basa, no en el temor, sino en el amor.

Además, Pablo dice que, como consecuencia de su amor sacrificial, Dios Le dio a Jesús el nombre que está por encima de todos los nombres. Una de las ideas características de la Biblia es que se da un nombre nuevo para señalar una etapa nueva en la vida de una persona. Abram fue llamado Abraham cuando recibió la promesa de Dios (*Génesis 17:5*). Jacob pasó a llamarse Israel cuando Dios inició una nueva relación con él (*Génesis 32:28*). La promesa del Cristo Resucitado tanto a Pérgamo como a Filadelfia es la de un nuevo nombre (*Apocalipsis 2:17; 3:12*).

Entonces, ¿cuál es el nuevo nombre que Dios Le dio a Jesucristo? No podemos estar del todo seguros de lo que Pablo tenía en mente, pero lo más probable es que el nombre nuevo fuera *Señor*.

El gran título por el que se conocía a Jesús en la Iglesia Primitiva era *Kyrios, Señor*, que tiene una historia iluminadora.

(i) Empezó significando *amo o propietario*.

(ii) Se tomó como el título oficial de los emperadores romanos.

(iii) Llegó a ser el título que se daba a los dioses paganos. Fue la traducción que dieron los judíos al tetragrámaton *Jehová* en la traducción al griego de sus Sagradas Escrituras. Así que, cuando los cristianos llamaban a Jesús *Kyrios, Señor*, Le reconocían como el Dueño y Propietario del universo; era el Rey de reyes y el Señor de señores, Rey y Señor por encima de toda realeza y señorío; Señor ante Quien los dioses paganos no eran más que ídolos mudos e impotentes. No era nada menos que divino.

TODO PARA DIOS

Filipenses 2:5-11 (conclusión)

Filipenses 2:11 es uno de los versículos más importantes en todo el Nuevo Testamento. En él leemos que el propósito de Dios es que un día toda lengua confiese que *Jesucristo es el Señor*. Estas cuatro palabras fueron el primer credo de la Iglesia Cristiana. Ser cristiano era confesar que Jesucristo es el Señor (cp. *Romanos 10:9*). Era un credo sencillo, pero lo abarcaba todo. Tal vez haríamos bien en volver a él. Luego se trató de definir más exactamente qué quería decir, y discutieron y se pelearon por ello llamándose unos a otros herejes y estúpidos. Pero sigue siendo verdad que si uno dice: «Para mí, Jesucristo es el Señor,» es cristiano. Si puede decirlo, quiere-decir que para él Jesucristo es único, y está dispuesto a obedecerle como a ningún otro. Puede que no sea capaz de expresar en palabras Quién y Qué es Jesús; pero, mientras exista en un corazón este amor admirado y en la vida esta obediencia incondicional, se es cristiano, porque el Cristianismo consiste menos en el entendimiento de la mente que en el amor del corazón.

Así llegamos al final de este pasaje; y, al llegar al final, volvemos a lo del principio. Llegará el día cuando la humanidad llamará a Jesús Señor, pero será *a la gloria del Padre Dios*. Todo el propósito de Jesús es, no Su propia gloria, sino la de Dios. Pablo tiene muy clara la exclusiva y suprema supremacía de Dios. En la primera carta a los corintios escribe que al final el mismo Hijo se sujetará al Que Le sometió todas las cosas (1 *Corintios 15:28*). Jesús atrae a Sí a todos los seres humanos para presentárselos a Dios. En la iglesia filipense había hombres que vivían para gratificar su propia ambición egoísta; el propósito de Jesús era servir a otros, sin importarle las simas de autorrenunciación que pudiera implicar ese servicio. En la iglesia filipense había algunos cuya finalidad era concentrar en sí mismos todas las miradas; la finalidad de Jesús era concentrar todas las miradas en Dios.

LA COOPERACIÓN EN LA SALVACIÓN

Filipenses 2:12-18

Por tanto, queridos míos, como en todas las ocasiones habéis sido obedientes, no sólo cuando yo estaba presente, ahora mucho más, tal como están las cosas, en mi ausencia, llevad a su perfecta conclusión la obra de vuestra salvación con temor y temblor; porque es Dios Quien, para llevar a cabo Su buena voluntad, hace producir efecto en vosotros tanto el querer inicial como la acción efectiva. Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, para mostraros intachables y puros, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación pervertida y retorcida, en medio de la cual resplandecéis como los luminas del mundo, reteniendo la Palabra que es la vida para que el Día de Cristo pueda tener la satisfacción de no haber corrido ni laborado en vano. Pero si mi propia vida se ha de derramar sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, para mí es un gozo, y me gozo con todos vosotros. Así que gozaos vosotros también compartiendo mi gozo.

Pablo exhorta a los filipenses mucho más que a vivir en unidad en una situación dada; los exhorta a vivir una vida que conduzca a la salvación de Dios en el tiempo y en la eternidad.

En ningún otro lugar del Nuevo Testamento se presenta la obra de la salvación de una manera tan sucinta como aquí. Como la antigua versión Reina-Valera ponía los versículos 12 y 13: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; porque Dios es el que en vosotros obra así el querer como el hacer, por su buena voluntad.» Como siempre, Pablo escoge también aquí sus palabras cuidadosamente.

Ocupaos en vuestra salvación; la palabra que usa para *ocupaos* es *katergázesthai*, que contiene siempre la idea de llevar a su culminación. Es como si Pablo dijera: «¡No os paréis

a mitad de camino! Seguid adelante hasta que la obra de vuestra salvación se realice plenamente en vosotros.» Ningún cristiano debería conformarse con nada menos que los beneficios totales del Evangelio.

< Porque Dios es el que en vosotros *obra* así el querer como *el hacer*, por su buena voluntad.» La palabra que usa Pablo para *obrar* y *hacer* es la misma, el verbo *energuein*. Hay aquí dos cosas significativas; siempre se usa de *la acción de Dios*, y de *una acción efectiva*. La obra de Dios no se puede frustrar, ni quedarse a medias; tiene que ser efectiva y completa.

Como hemos dicho, este pasaje presenta perfectamente la obra de la salvación.

(i) La salvación es cosa de Dios. (a) Es Dios Quien obra en nosotros el deseo de ser salvos. Es verdad que < nuestros corazones están inquietos hasta que encuentran el reposo en Él,> y también lo es que «no habríamos podido ni siquiera empezar a buscarle si no fuera porque El ya nos ha encontrado.» (Agustín). El deseo de la salvación de Dios no lo alumbraba ninguna emoción humana, sino Dios mismo. El principio del proceso de nuestra salvación lo despierta Dios. (b) La continuación de ese proceso depende de Dios. Sin Su ayuda no podemos progresar en la bondad, ni conquistar ningún pecado, ni lograr ninguna virtud. (c) El final del proceso de nuestra salvación está en Dios, porque es la amistad con Dios, cuando somos Suyos y Él es nuestro. La obra de nuestra salvación empieza, prosigue y termina en Dios.

(ii) Esto tiene otra cara. La salvación es cosa del ser humano. «Ocupaos de vuestra propia salvación,» pide Pablo. Sin la cooperación de la persona, hasta Dios es incapaz. Es un hecho que uno tiene que recibir un beneficio o un regalo. Uno puede estar enfermo, y el médico receta las medicinas que le pueden sanar; pero si no se las aplica y rechaza testarudamente toda ayuda, no tiene remedio. Así sucede con la salvación. Dios nos la ofrece; si no, no la conseguiríamos de ninguna manera. Pero nadie puede recibir la salvación a menos que responda al ofrecimiento de Dios y tome lo que Dios le da.

No puede haber salvación aparte de Dios; pero lo que Dios ofrece, el ser humano lo tiene que recibir. No es nunca Dios el que retiene la salvación, sino la persona la que se priva de ella.

LAS SEÑALES DE LA SALVACIÓN

Filipenses 2:12-18 (continuación)

Cuando examinamos la línea de pensamiento de este pasaje vemos que Pablo establece lo que podemos llamar cinco señales de la salvación.

(i) Está la señal de la acción *efectiva*. El cristiano debe dar evidencia constante en su vida diaria de que está ocupándose realmente de su propia salvación; día a día debe ir cumpliéndose más plenamente. La gran tragedia de muchos de nosotros es que no adelantamos nada nunca. Seguimos siendo víctimas de los mismos hábitos y esclavos de las mismas tentaciones y culpables de los mismos fracasos. Pero la verdadera vida cristiana debe ser un progreso continuo, porque es un viaje hacia Dios.

(ii) Está la señal del *temor y temblor*. No se trata del terror y del temblor del esclavo que tiene le tiene un miedo cerval a su amo, ni tampoco del miedo y el temblor ante la perspectiva del castigo. Procede de dos cosas. En primer lugar, de un sentimiento de nuestra propia criaturidad y de nuestra propia impotencia para enfrentarnos triunfalmente con la vida. Es decir: no es el temor y temblor que nos hace escondernos de Dios, sino más bien el temor y temblor que nos impulsa a arrojarnos en Sus brazos, con la seguridad de que sin Su ayuda no podemos enfrentarnos efectivamente con la vida. Procede, en segundo lugar, del horror de ofender a Dios. Cuando amamos de veras a una persona, tememos el mal que nos pueda hacer, sino el que le podamos hacer nosotros. El gran temor del cristiano es el crucificar a Cristo otra vez.

(iii) Está la señal de *la serenidad y la certeza*. El cristiano lo hace todo sin *murmuraciones ni discusiones*. La palabra que usa Pablo para *murmuraciones* es poco corriente, *gonguysmós*. En el griego de las Sagradas Escrituras tiene una conexión especial. Es la palabra que se usa para las murmuraciones rebeldes de los israelitas durante su peregrinación por el desierto. El pueblo murmuró contra Moisés (Éxodo 15:24; 16:2; Números 16:41). *Gonguysmós* es una palabra onomatopéyica: describe el murmullo en voz baja, amenazador, descontento, de una multitud que desconfía de sus dirigentes y que está al borde de la rebelión. La palabra que usa Pablo para *discusiones* es- *dialoguismós*, que describe las disputas inútiles, y a veces malintencionadas. La vida cristiana tiene la serenidad y la certeza de la perfecta confianza.

(iv) Está la señal de *la pureza*. Los cristianos, como dice la versión Reina-Valera, han de ser *irreprochables, sencillos y sin mancha*. Cada una de estas palabras hace una contribución a la idea de la pureza cristiana.

(a) La palabra traducida por *irreprochables* es *amemptós*, y expresa *lo que es el cristiano para el mundo*. Su vida es de tal pureza que no hay nadie que pueda encontrar en ella nada que reprochar. A menudo se dice en los tribunales de justicia que los procedimientos no sólo deben *ser* justos, sino también *parecerlo*, es decir, que se vea que lo son. El cristiano no solo debe ser puro, sino que la pureza de su vida debe estar a la vista de todo el que quiera ver.

(b) La palabra traducida por *sencillo* es *akéraios*, que expresa *lo que el cristiano es en sí mismo*. *Akéraios* quiere decir literalmente *sin mezcla, no adulterado*. Se usa, por ejemplo, del vino o la leche a los que no se les ha añadido agua, o del metal que no tiene aleaciones. Cuando se usa de las personas implica que no tienen motivos bastardos. La pureza cristiana debe desembocar en una sinceridad total de pensamiento y carácter.

(c) La palabra traducida por *sin mancha* es *ámómos*, que describe *lo que es el cristiano a los ojos de Dios*. Esta palabra

se usa especialmente en relación con los sacrificios que son aptos para ofrecerse en el altar de Dios. La vida cristiana debe ser tal que se pueda ofrecer como sacrificio sin mancha a Dios.

La pureza cristiana es irreprochable a los ojos del mundo, sincera para consigo y apta para soportar el escrutinio de Dios.

(v) Está la señal del *esfuerzo misionero*. El cristiano ofrece a todos la palabra de vida, es decir, la palabra que da la vida. Este esfuerzo misionero tiene dos aspectos. (a) Es la proclamación del ofrecimiento del Evangelio con palabras claras e inconfundibles. (b) Es el testimonio de una vida que es absolutamente recta en un mundo retorcido y pervertido. Es el ofrecimiento de la luz en un mundo tenebroso. Los cristianos han de ser *luces en el mundo*. La palabra que se usa para *luces* (*fóstéres*) es la misma que se usa en la historia de la Creación del Sol y de la Luna, que Dios colocó en el firmamento de los cielos para que iluminaran la Tierra (*Génesis 1:14-18*). El cristiano ofrece y muestra rectitud en un mundo retorcido y luz en un mundo tenebroso.

LAS ILUSTRACIONES DE PABLO

Filipenses 2:12-18 (conclusión)

Este pasaje concluye con dos ilustraciones gráficas típicas del pensamiento paulino.

(i) Anhela el progreso cristiano de los filipenses para, al final del día, poder tener el gozo de saber que no ha corrido ni laborado en vano. La palabra que usa para *laborar* es *kopián*. Hay aquí dos posibles imágenes. (a) Puede que esté pintando el cuadro de una labor agobiante. *Vopián* quiere decir trabajar hasta el agotamiento. (b) Puede que *kopián* describa el esfuerzo del atleta en la competición, y que lo que Pablo quiere decir sea que pide a Dios que toda la disciplina del entrenamiento que se ha impuesto no haya sido inútil.

Una de las características del estilo literario de Pablo es su amor a las ilustraciones de la vida del atleta. Y no nos sorprende. En todas las ciudades griegas había un gimnasio, que era mucho más que un campo de deportes. Era en el gimnasio donde Sócrates discutía a menudo los problemas eternos; era en el gimnasio donde los filósofos y los sofistas y los maestros y predicadores ambulantes encontraban muchas veces sus audiencias. En cualquier ciudad griega, el gimnasio era no solamente el campo de entrenamiento para los deportistas, sino también el club intelectual de la ciudad. En el mundo griego había los grandes juegos ístmicos de Corinto, los grandes juegos pan jónicos de Efeso y, los más importantes de todos, los juegos olímpicos, que se celebraban cada cuatro años. Las ciudades griegas estaban enfrentadas a menudo y a veces en guerra; pero cuando llegaban los juegos olímpicos, no importaba lo sería que fuera la disputa, se declaraba un mes de tregua para que los juegos olímpicos se llevaran a cabo deportivamente. Los atletas no eran los únicos que iban, sino también los historiadores y los poetas para dar lectura a sus últimas obras, y los escultores de fama inmortal iban a hacer estatuas de los vencedores.

No cabe duda que Pablo iría a ver estos juegos en Corinto y en Éfeso. Donde había multitudes, allí estaría Pablo tratando de ganar a los más posibles para Cristo. Pero, aparte de para predicar, había algo en aquellas contiendas atléticas que encontraba un eco en el corazón de Pablo. Conocía los combates de los boxeadores (1 *Corintios* 9:26). Conocía las carreras pedestres, las más famosas de todas las contiendas. Había visto al heraldo llamando a los corredores a la línea de salida (1 *Corintios* 9:27); había observado el esfuerzo de los corredores hacia la meta (*Filipenses* 3:14); había visto al juez conceder el galardón al final de la carrera (2 *Timoteo* 4:8); conocía la corona de laurel de los vencedores y su júbilo (1 *Corintios* 9:24; *Filipenses* 4:1). Conocía los rigores de la disciplina a la que tenía que someterse el atleta, y las reglas estrictas que tenía que observar (1 *Timoteo* 4:7s; 2 *Timoteo* 2:5).

Así es que su oración era que no le pasara lo que a un atleta que se hubiera estado entrenando sin escatimar esfuerzos y privaciones para no llegar a nada. Para él el mayor premio de la vida era saber que por medio de él otros habían llegado a conocer y amar y servir a Jesucristo.

(ii) Pero Pablo presenta otra ilustración en el versículo 17. Tenía el don de hablar de tal manera que todos le podían entender. Una y otra vez tomaba sus ilustraciones de las ocupaciones normales de las personas a las que se dirigía. Ya nos ha presentado una tomada de los juegos atléticos; ahora toma otra de los sacrificios paganos. Una de las formas más corrientes de sacrificios paganos era *la libación*, que era una copa de vino que se derramaba sobre una ofrenda a los dioses. Por ejemplo: todas las comidas paganas empezaban y acababan con una libación de éstas, como una manera de dar gracias al principio y al final de la comida. Pablo ve aquí la fe y el servicio de los filipenses como un sacrificio que ofrecían a Dios. Sabía que podía ser que su muerte no estuviera muy lejos, porque estaba escribiendo desde la cárcel y esperando ser juzgado. Así es que dice que está dispuesto a ser derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de la fe de los filipenses. En otras palabras, lo que les está diciendo a los filipenses es esto: <Vuestra fidelidad y lealtad cristiana ya son un sacrificio a Dios; y si a mí me tocara morir por Cristo, estoy dispuesto y contento de que mi vida se derrame como una libación sobre el altar en el que se ofrece vuestro sacrificio.>

Pablo estaba totalmente dispuesto a ofrecer su vida en sacrificio a Dios; y, si sucedía así, para él sería un gozo extraordinario. Y les advierte a sus amigos filipenses que no se pongan en plan de duelo ante tal perspectiva, sino que se sumen a su gozo. Para él, cualquier llamada al sacrificio y al trabajo era una llamada a mostrar su amor a Cristo; y por tanto la recibía sin quejas ni pesares, sino con gozo.

Filipenses 2:19-24

Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para enterarme de cómo os van las cosas y animarme. No tengo otro que tenga una actitud parecida, porque él es la clase de hombre que se ocupará genuinamente de vuestros asuntos; porque todos los demás no miran más que por lo que les interesa, y no por lo que Le interesa a Jesucristo. Ya conocéis su carácter probado y aprobado, y sabéis que ha compartido mi servicio en la obra del Evangelio como haría un hijo con su propio padre. Así es que espero enviárosle tan pronto como vea cómo me van las cosas. Aunque tengo confianza en el Señor de ir yo mismo a visitaros pronto.

Como Pablo no puede ir a Filipos en persona, tiene intención de enviarles a Timoteo como su representante. No tenía otro que estuviera tan de acuerdo con él en todo. Tenemos pocos detalles de Timoteo, pero el informe de su servicio con Pablo es muestra inequívoca de su fidelidad.

Era natural de Derbe o de Listra. Su madre, Eunice, era judía, y su abuela se llamaba Loida. Su padre era griego, y el hecho de que Timoteo no estuviera circuncidado parecería demostrar que fue educado a la manera griega (*Hechos 16:1; 2 Timoteo 1:5*). No podemos decir cuándo y cómo se convirtió al Evangelio; Pablo se le encontró en su segundo viaje misionero, y vio que le podía usar en el servicio de Jesucristo.

Desde aquel momento, Pablo y Timoteo fueron uña y carne. Pablo se refería a Timoteo como su hijo en el Señor (*1 Corintios 4:17*). Estuvo con Pablo en Filipos (*Hechos 16*); en Tesalónica y Berea (*Hechos 17:1-14*); y más tarde, en Corinto y Éfeso (*Hechos 18:5; 19: 21 s*); y en la cárcel de Roma (*Colosenses 1:1; Filipenses 1:1*). Estuvo asociado con Pablo al escribir no menos de cinco de sus cartas -1 y 2

Tesalonicenses, 2 Corintios, Colosenses y Filipenses; y cuando Pablo escribió a Roma, Timoteo se le unió al mandar saludos (Romanos 16:21).

La gran utilidad de Timoteo era que, siempre que Pablo quería información acerca de alguna iglesia o quería dar consejo o ánimo o reprensión, y no podía ir en persona, le enviaba a él. Así es que Timoteo fue enviado a Tesalónica (*1 Tesalonicenses 3:6*); a Corinto (*1 Corintios 4:17; 16:10s*); a Filipos. Por último, también Timoteo estaba preso por la causa de Cristo (*Hebreos 13:23*). La gran valía de Timoteo era que siempre estaba dispuesto a ir a cualquier sitio; y en sus manos estaba tan seguro un mensaje como si Pablo mismo lo llevara. Otros podían ser presa de ambición egoísta, pero Timoteo no quería más que servir a Pablo y a Jesucristo. Es el santo patrón de todos los que están contentos con ocupar un segundo lugar con tal de que los dejen prestar algún servicio.

LA CORTESÍA DE PABLO

Filipenses 2:25-30

He creído necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano y colaborador y compañero de milicia, vuestro mensajero y servidor de mi necesidad, porque os echa mucho de menos, y está preocupado por todos vosotros, porque sabe que os habéis enterado de que estaba enfermo. ¡Y vaya si lo estuvo, y en peligro de muerte! Pero Dios tuvo misericordia de él, y no solo de él, sino también de mí, para que no se me echara encima una tristeza sobre otra. Así es que os le envió con la presente, para que, al verle, recuperéis el gozo, y á mí se me quite un peso de encima. Recíbidle en el Señor con el mayor gozo, y tened en el debido aprecio a los que son como él; porque estuvo a las puertas de la muerte por la obra de Cristo, jugando la vida para suplir el servicio que vosotros no me podíais prestar.

Hay una historia dramática detrás de este pasaje. Cuando los cristianos filipenses se enteraron de que Pablo estaba preso, su amante corazón los movió a la acción. Le enviaron un donativo por conducto de Epafrodito. Lo que ellos mismos no podían hacer por Pablo personalmente a causa de la distancia, delegaron en Epafrodito para que lo hiciera por ellos. No querían que se limitara a ser el portador del regalo, sino también que se quedara en Roma con Pablo para prestarle la ayuda que necesitara. Está claro que Epafrodito era un valiente; porque el que estuviera dispuesto a ofrecerse a prestar ayuda a uno que estaba pendiente de juicio por un delito grave se exponía al riesgo consiguiente y considerable de verse envuelto en la misma acusación. Es verdad que Epafrodito se jugó la vida para ayudar a Pablo.

Epafrodito cayó enfermo en Roma, posiblemente con una de las famosas fiebres romanas que barrían la ciudad de cuando en cuando como un verdadero azote, y estuvo a las puertas de la muerte. Se enteró de que la noticia de su enfermedad había llegado a Filipos, y estaba preocupado porque sabía que sus amigos lo estarían por él; y por Pablo, que, lejos de recibir ayuda, tendría que ser él el que la prestara, y tuviera muchas molestias más, como si no tuviera ya bastantes. Dios, en Su misericordia, evitó la muerte de Epafrodito, y a Pablo le evitó más angustias. Pero Pablo sabía que ya era hora de que Epafrodito volviera a Filipos, y es de suponer que sería el portador de esta carta.

Pero había un problema. La iglesia filipense había enviado a Epafrodito para que se quedara con Pablo; y, si se volvía atrás, no faltarían quienes dijeran que era un rajao. Por eso Pablo le da aquí un testimonio estupendo para acallar cualquier crítica a su regreso.

Pablo escoge cada palabra en este testimonio. Epafrodito era su hermano, su colaborador y compañero de milicia. Como dice Lightfoot, Epafrodito era uno con Pablo en simpatía, en acometer trabajos y en asumir riesgos. Había estado en la línea de fuego. Luego Pablo pasa a llamarle *vuestro mensajero* y

servidor en mi necesidad. Es imposible suplir el sabor de estas palabras en una traducción.

La palabra que usa Pablo para *mensajero* es *apóstolos*. *Apóstolos* quiere decir literalmente *uno que es enviado a un recado*, pero el uso cristiano había ennoblecido la palabra, y Pablo la usa aquí para colocar a Epafrodito a su misma altura y a la de los demás apóstoles de Cristo.

La palabra que utiliza para *servidor* es *leiturgós*. En el griego secular, esta era una palabra noble. En los antiguos días de las ciudades de Grecia había hombres que, por amor a su ciudad, se hacían cargo de los gastos de ciertos deberes cívicos, como los de una embajada, o del montaje de uno de los dramas de sus grandes poetas, o del entrenamiento de los atletas que habían de representar a su ciudad en los juegos, o de aparejar un barco de guerra y pagar a la tripulación. Estos benefactores recibían el nombre de *leiturgoi*.

Pablo toma la gran palabra cristiana *apóstolos* y la gran palabra griega *leiturgós*, y se las aplica a Epafrodito. < Dadle a un hombre de su calibre la bienvenida que se merece -les dice-. Tenedle en el debido aprecio, porque se jugó la vida por Cristo.>

Pablo le está poniendo fácil a Epafrodito la vuelta a casa. Aquí hay algo muy precioso. Es conmovedor pensar en Pablo, él mismo en el valle de sombra de muerte, en la cárcel y en espera del juicio, dando muestras de tal consideración cristiana. Él mismo estaba arrostrando la muerte; pero lo que le preocupaba era que a Epafrodito le diera corte volver a Filipos. Pablo era un verdadero cristiano en su actitud hacia los demás; porque nunca estaba tan inmerso en sus propios problemas como para no pensar en los de sus amigos.

Ocurre una palabra en este pasaje que tuvo más tarde un uso emblemático. La versión Reina-Valera dice que Epafrodito *puso o expuso su vida*; nosotros lo hemos traducido por *jugarse la vida*. La palabra original es el verbo *parabóleúesthai*; es un término de los juegos de azar, y quiere decir jugarse el todo por el todo a una baza. Pablo está diciendo que, por la causa

de Jesucristo, Epafrodito se jugó la vida. En la Iglesia Primitiva había una asociación de hombres que se llamaban los *parabolani*, los jugadores. Se ofrecían a visitar a los presos y a los enfermos, especialmente los que tenían enfermedades infecciosas o contagiosas. En el año 252 d.C. se declaró una peste en Cartago; los paganos arrojaban los cadáveres y huían aterrados. Cipriano, el obispo cristiano, reunió a su congregación y los puso a enterrar a los muertos y a atender a los enfermos en la ciudad apestada; y así salvaron la ciudad, a riesgo de sus vidas, de la destrucción y la desolación.

El cristiano debería tener ese coraje casi temerario que le predispusiera a jugarse la vida para servir a Cristo y a la humanidad.

EL GOZO INDESTRUCTIBLE

Filipenses 3:1

En cuanto a todo lo demás, hermanos, ¡gozaos en el Señor! Yo no me canso de repetiros las mismas cosas, y para vosotros es lo más seguro.

Pablo establece dos cosas muy importantes.

(i) Establece lo que podríamos llamar la indestructibilidad del gozo cristiano. Debe de haberse dado cuenta de que estaba presentándoles un desafío muy alto a los cristianos de Filipos. Era posible que sufrieran la misma clase de persecución, y aun de muerte, que le amenazaba a él. Desde cierto punto de vista parecería que el Cristianismo era un flaco negocio. Pero en él y más allá de él todo lo que había era gozo. «Vuestro gozo -dijo Jesús cuando les anunció a Sus discípulos persecuciones no os lo podrá quitar nadie» (*Juan 16:22*).

Hay una cierta indestructibilidad en el gozo cristiano; y es así porque el gozo cristiano es *en el Señor*. Su base es que el cristiano vive constantemente en la presencia de Jesucristo.

Puede perder todas las cosas, y aun las personas, pero no puede perder nunca a Cristo. Y por tanto, hasta en circunstancias en las que el gozo parecería imposible, y parecería no haber nada más que problemas y dolor, el gozo cristiano permanece, porque todas las amenazas y los terrores y los problemas de la vida no pueden apartar al cristiano del amor de Dios en Jesucristo su Señor (*Romanos 8:35-39*).

En 1756, John Wesley recibió una carta de un padre que tenía un hijo pródigo. Cuando el avivamiento se extendió por Inglaterra, aquel hijo estaba en la cárcel de York. «Plugo a Dios -escribía el padre-, no talar su vida en sus pecados. Le dio tiempo para arrepentirse; y no solo eso, sino un corazón para arrepentirse.» El joven fue condenado a muerte por sus culpas; y la carta del padre proseguía: «Su paz fue en aumento diariamente, hasta que el sábado, el día de su ejecución, salió de la habitación de los condenados a muerte vestido con el sudario, y subió al carro. Conforme iba, la alegría y la compostura de su rostro sorprendían a todos los espectadores.» El joven había hallado un gozo que ni siquiera el patíbulo le podía quitar.

Sucede a menudo que las personas pueden soportar grandes dolores y pruebas de la vida, pero se desmoronan ante inconvenientes leves. Pero este gozo cristiano le permite a una persona aceptarlos hasta con una sonrisa. John Nelson fue uno de los más famosos primeros predicadores de Wesley. Él y Wesley llevaron a cabo una misión en Cornwall, cerca de Land's End, y Nelson es el que nos la cuenta: «Todo aquel tiempo, Mr. Wesley y yo estuvimos durmiendo en el suelo: él tenía mi gabán de almohada, y yo tenía como la mía las notas de Burkitt al Nuevo Testamento. Después de casi tres semanas, una madrugada a eso de las tres, Mr. Wesley se dio una vuelta, y al encontrarme despierto me dio una palmadita diciendo: «Hermano Nelson, tengamos ánimo: ¡Todavía tengo entero todo un costado, porque no tengo despellejado nada más que el otro!»» Tenían poco también de comer. Una mañana Wesley había predicado con gran efecto: «Cuando volvimos, Mr.

Wesley detuvo su caballo para coger algunas moras diciendo: < Hermano Nelson, deberíamos estar agradecidos de que haya tantas moras; ¡porque este es el mejor país para tener un estómago, pero el peor para conseguir comida!>» El gozo cristiano le capacitaba a Wesley para aceptar los grandes golpes de la vida, y también para recibir las incomodidades menores con un chiste. Si el cristiano camina de veras con Cristo, camina con gozo.

(ii) Aquí también establece Pablo lo que podríamos llamar la necesidad de la repetición. Dice que se propone escribirles cosas que ya les ha escrito antes. Esto es interesante, porque debe querer decir que ya les había escrito otras cartas a los filipenses que no han llegado hasta nosotros. Esto no nos sorprende. Pablo estuvo escribiendo cartas desde el año 48 d.C. hasta el 64 d.C., dieciséis años, pero no se conservan más que trece. A menos que hubiera grandes períodos de su vida en los que no aplicara la pluma al papiro, tiene que haber escrito muchas más cartas que se han perdido.

Como cualquier gran maestro, Pablo no le tenía miedo a repetirse. Una de las palabras hebreas más corrientes para *enseñar* quiere decir literalmente *repetir*. Bien puede ser que una de nuestras faltas sea el prurito de ser novedosos. Las grandes verdades salvíficas del Cristianismo no cambian; y nunca se pueden oír demasiadas veces. No nos cansamos de los alimentos que son esenciales para la vida. Bebemos agua y comemos pan todos los días; y de la misma manera debemos escuchar una y otra vez las verdades que son el pan y el agua de vida. A ningún maestro debe resultarle molesto el repetir una y otra vez las grandes verdades básicas de la fe cristiana; porque esa es la manera de asegurarse de que se han enterado sus oyentes. Puede que nos agraden las chucherías, pero lo esencial para la vida son los alimentos básicos. Predicar y enseñar y estudiar los detalles curiosos puede que nos atraiga, y puede que tengan su lugar; pero uno no se puede pasar de repetir ni de escuchar las verdades fundamentales para nuestra propia seguridad.

LOS MAESTROS MALVADOS

Filipenses 3:2s

¡Guardaos de los perros, guardaos de los obreros malvados, guardaos de la secta de los mutiladores! Porque nosotros representamos la verdadera circuncisión, los que damos culto en el Espíritu de Dios, los que no estamos orgullosos nada más que de Jesucristo sin poner nuestra confianza en cosas puramente humanas.

De pronto, el acento de Pablo cambia a un tono de advertencia. Dondequiera que él enseñaba, los judíos le seguían y trataban de deshacer su enseñanza. Pablo enseñaba que somos salvos únicamente por gracia, que la salvación es un don gratuito de Dios que no podemos ganar nunca, sino solamente aceptar en humildad y adoración lo que Dios nos ofrece; y además, que el ofrecimiento de Dios es para todas las personas de todas las naciones, y que nadie está excluido. Pero aquellos judíos enseñaban que, si uno quería ser salvo, tenía que merecerlo y ganárselo cumpliendo los incontables mandamientos de la ley judía; y además, que la salvación era para los judíos exclusivamente, y que, antes que Dios mostrara el más mínimo interés en él, el hombre tenía que circuncidarse, es decir, hacerse judío. Aquí Pablo acorrala a aquellos maestros judíos que estaban intentando deshacer su trabajo. Los llama tres cosas, especialmente escogidas para devolverles sus pretensiones.

(i) < ¡Guardaos de *los perros!*>, les dice a los hermanos. Entre nosotros el perro es un apreciado animal de compañía, pero no era así en el Oriente antiguo. Los perros eran animales parias que vagaban por las calles y los campos, a veces en jaurías, que rebuscaban su alimento en los montones de basura y ladraban y gruñían a todos los que se encontraban. J. B. Lightfoot habla de < los perros que rondan por las ciudades

orientales, sin amo ni hogar, comiendo basura y porquerías de las calles, luchando entre ellos, y atacando a los que pasan.»

En la Biblia los perros representan lo más bajo que se pueda imaginar. Cuando Saúl estaba tratando de matarle, David le preguntó: «¿Contra quién ha salido el rey de Israel? ¿A quién persigues? ¿A un perro muerto? ¿A una pulga?» (1 Samuel 24:14; cp. 2 Reyes 8:13; Salmo 22:16,20). En la parábola del Rico y Lázaro, parte de la tortura de Lázaro era que los perros callejeros le molestaban chupándole las heridas (Lucas 16:21). En Deuteronomio, la Ley relaciona el precio de un perro con la paga de una prostituta para decir que ninguna de las dos cosas es apta para ofrecérsela a Dios (Deuteronomio 23:18). Y en Apocalipsis la palabra *perro* representa a los que son tan impuros que están excluidos de la Santa Ciudad (Apocalipsis 22:15). Lo santo no debe darse a los perros (Mateo 7:6). Y el pensamiento griego está de acuerdo; el perro representa todo lo desvergonzadamente sucio.

Los judíos les daban ese nombre a los gentiles. Hay un dicho rabínico: «Las naciones gentiles son como perros.» Y Pablo les aplica el mismo nombre a los maestros judíos. Es como si les dijera: «En vuestra orgullosa autojustificación llamáis perros a los otros hombres; pero sois vosotros los que sois perros, porque pervertís desvergonzadamente el Evangelio de Jesucristo.» Toma el nombre que los maestros judíos les habrían aplicado a los gentiles impuros, y se lo lanza de vuelta a ellos mismos. Todos debemos asegurarnos de no ser culpables de los mismos pecados que atribuimos a otros.

(ii) Los llama *obreros malvados*, realizadores de malas acciones. Los judíos estarían muy seguros de ser obradores de justicia. Estaban convencidos de que el cumplir las innumerables reglas y preceptos de la Ley era obrar justicia; pero Pablo estaba seguro de que la única clase de justicia que existe viene de rendirnos incondicionalmente a la gracia de Dios. La consecuencia de la enseñanza de ellos era alejar a las personas cada vez más de Dios en vez de acercárselas. Creían que estaban haciendo el bien, pero de hecho estaban obrando

maldad. Todo maestro debe estar más profundamente interesado en escuchar a Dios que en propagar sus propias ideas y opiniones, so pena de correr el riesgo de ser un obrero del mal hasta cuando se tiene por obrador de justicia.

LA ÚNICA CIRCUNCISIÓN VERDADERA

Filipenses 3:2s (conclusión)

(iii) Por último, los llama *la secta de los mutiladores*. Hay aquí un juego de palabras en griego que no se puede reproducir en español. Hay dos verbos griegos que son muy semejantes: *peritémnein*, que quiere decir *circuncidar*, y *katatémnein*, que quiere decir *mutilar*, como aparece en Levítico 21:5, que describe las automutilaciones tales como el castrarse. Pablo dice: «Vosotros los judíos creéis que estáis circuncidados, cuando lo que estáis es mutilados.»

¿Qué quería Pablo resaltar? Según la creencia judía, la circuncisión se instituyó en Israel como una señal y símbolo de que era el pueblo con el que Dios había entrado en una relación especial. La historia del principio de ese signo se encuentra en Génesis 17:9-10. Cuando Dios hizo un pacto especial con Abraham, estableció la circuncisión como su señal eterna. Ahora bien: la circuncisión no es más que un signo en la carne, algo que se hace en el cuerpo de un hombre. Pero, si un hombre ha de tener una relación especial con Dios, necesita mucho más que una marca en su cuerpo. Debe tener una cierta clase de mentalidad y de carácter y de corazón. Aquí era donde por lo menos algunos de los judíos cometían una equivocación. Consideraban que la circuncisión, *en sí*, era suficiente para apartarlos especialmente para Dios. Mucho, mucho antes de esto, los grandes maestros y profetas se habían dado cuenta de que la circuncisión en la carne no era en sí misma ni mucho menos suficiente, y que **lo-que se necesitaba** era una circuncisión espiritual. En Levítico, el santo Legislador

dice que *los corazones incircuncisos* de Israel deben ser humillados para aceptar el castigo de Dios (*Levítico 26:41*). La exhortación del autor del *Deuteronomio* es: < Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz» (*Deuteronomio 10:16*). Dice que el Señor les circuncidará el corazón para hacer que Le amen (*Deuteronomio 30:6*). Jeremías habla del oído incircunciso, que se niega a escuchar la Palabra de Dios (*Jeremías 6:10*). El autor del *Éxodo* habla de labios incircuncisos (*Éxodo 6:12*).

Así es que lo que dice Pablo es: < Si no tenéis nada que mostrar más que la circuncisión de la carne, no sois circuncidados de verdad -no estáis más que mutilados. La verdadera circuncisión es la devoción del corazón y de la mente y de la vida a Dios.»

Por tanto, dice Pablo, son los cristianos los que están circuncidados de veras. Están circuncidados, no con una marca exterior en la carne, sino con la circuncisión interior de la que hablaron los grandes legisladores y maestros y profetas. Entonces, ¿cuáles son las señales de esa circuncisión verdadera? Pablo establece tres.

(i) Nosotros adoramos en el Espíritu de Dios; o, nosotros adoramos a Dios en el Espíritu. El culto cristiano no es un mero ritual, ni la observancia de los detalles de la Ley; es algo del corazón. Es perfectamente posible que uno cumpla una liturgia elaborada, y que su corazón esté sin embargo lejos de Dios. Es perfectamente posible que observe todas las reglas externas de la religión, y sin embargo tenga el corazón lleno de odio y rencor y orgullo. El verdadero cristiano da culto a Dios, no con fórmulas y normas externas, sino con la verdadera devoción y la sinceridad real de su corazón. Su culto es amor a Dios y servicio a los hombres.

(ii) Sólo estamos orgullosos de Jesucristo. El cristiano no se jacta de nada que haya hecho por sí mismo, sino sólo de lo que Cristo ha hecho por él. De lo único que puede presumir es de ser una persona por la que Cristo murió. Eso era lo que Pablo quería decir con su famoso proclama: < ¡Lejos esté de mí

el gloriarme en otra cosa que no sea la Cruz de nuestro Señor Jesucristo!» (*Gálatas 6:14*).

(iii) No ponemos nuestra confianza en cosas meramente humanas. Los judíos ponían su confianza en el emblema físico de la circuncisión y en el cumplimiento de los deberes externos de la Ley. El cristiano pone su confianza solamente en la misericordia de Dios y en el amor de Jesucristo. El judío, en esencia, confiaba en sí mismo; el cristiano, en esencia, confía en Dios.

La verdadera circuncisión no es una marca en la carne; es ese culto verdadero, esa gloria real, y esa confianza auténtica en la gracia de Dios en Jesucristo.

LOS PRIVILEGIOS DE PABLO

Filipenses 3:4-7

Y sin embargo, que quede claro que yo también tengo todos los motivos imaginables para poner mi confianza en mis condiciones meramente humanas. Si alguien tiene motivos para creer que tiene base para poner su confianza en su herencia y logros humanos, más tengo yo. Fui circuncidado al octavo día de nacer; soy de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, un hebreo de pura cepa. Por lo que se refiere a la Ley, soy fariseo; en cuanto al celo, fui perseguidor de las iglesias; en cuanto a la justicia que confiere la Ley, intachable. Pero tales cosas, que yo podría considerar ganancias según la contabilidad humana, he llegado a la conclusión de que no eran más que pérdidas en relación con Jesucristo.

Pablo acaba de atacar a los maestros judíos, y de insistir en que somos los cristianos, y no los judíos, los que tenemos la verdadera circuncisión y somos el pueblo del pacto. Sus w